Accessions
116624

Shelf No.
*2151.6

BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec.d Apr. 26th 1871.

CUENTOS DE UN LOCO.

EPISODIOS DE MI VIDA,

POR

DON JOSÉ ZORRILLA.

EL EDITOR.

Lector, ¿qué es lo que hacer quiso el poeta
cuando escribir imaginó esta historia?
¿Dejar tal vez de su existencia inquieta
á la futura edad una memoria?
¿En su confusa crónica incompleta
su fé ó supersticion hacer notoria?
¿Predicar á su siglo una fé ardiente,
ó escupirle en la faz como un demente?

No sé. Sobre ello cuanto mas medito
mas en oscuros cálculos me pierdo.
Cosas dice este loco en este escrito
que haber leido en otro no recuerdo;
obra tal vez de un santo, de un precito
tal vez, á veces loco, á veces cuerdo,
su relato es de dudas un abismo:
no se entiende tal vez él á sí mismo.

Acaso sus fantásticas leyendas
de horóscopos y mágia y predicciones
son de un disfraz en que se emboza prendas;
de su locura acaso son visiones,
de su vida las páginas horrendas,
de su fiebre tal vez las invenciones:
su relacion á veces horroriza,
y á veces de placer el alma hechiza.

Yo, lector, por mi parte te aseguro
que penetrar no pude su secreto;
sin comentarios, aunque le hallo oscuro,
le doy á luz como editor discreto.
Imparcial, al autor dar no procuro
la razon ni en quitársela me meto:
porque al fin, como él dice, importa poco
dar ó no dar con la razon de un loco.

CAPITULO PRIMERO.

QUE, DIVIDIDO EN DOS PARTES, SIRVE DE INTRODUCCION Á ESTA OBRA, Y EN EL CUAL SE PRUEBA QUE LOS LOCOS Y LOS POETAS NO VEN LAS COSAS DEL MUNDO COMO LOS DEMAS HOMBRES.

PRIMERA PARTE.

Epistola dedicatoria al señor **D. Cayo Quiñones de Leon**, secretario de la legacion de S. M. C. en Paris.

Bruselas—Febrero 21—53.

Cayo, jamás de su memoria el hombre
destierra los recuerdos de la pátria,
ni las semillas de la fé en que nace
del corazon voluble desarraiga.
El que la tierra en que nació abandona
por el fiero huracan de sus desgracias
arrebatado á su pesar, quien de ella
parte de gloria ó de placer con ánsia,
desventurado aquel, este dichoso,
huésped allí desde la tierra estraña
en su bien ó en su mal los ojos vuelve
hácia el país donde pasó la infancia.
En nuestra mente vírgen las imágenes
de la niñez purísimas se graban,
y el renegado vil y el duro atéo
al Dios de su niñez muriendo llaman.
El huerto do corrimos cuando niños,
el oscuro desvan que nos causaba
pavor, la efigie del altar del templo
donde oiamos misa, la dorada
veleta de la torre que se erguia
frontera del balcon de nuestra casa,
la oracion que de noche al acostarnos
nuestra madre á decir nos enseñaba,
el antiguo cantar con que en la cuna
nuestra nodriza nos dormia, páginas
son del libro inmortal de la memoria,
bien que á la eternidad se lleva el alma.
Perenne manantial de poesía
son de la vida en la fortuna varia:
el que vive feliz, en su corriente
fresca y salubre con placer se baña;
el que infeliz, abreba su memoria
de sus recuerdos en la fuente amarga:
este á su triste són vigila insomne,
aquel tranquilo á su rumor descansa;
mas ambos beben con delicia siempre
en el raudal de sus bullentes aguas,
las cuales el país de su memoria,
erial ó jardin, regando pasan.
Nuestro espíritu, á sombra de sus zarzos
ó en sus bosques de mirtos y de palmas,
sus horas de placer ó de amargura
alegre goza ó despechado arrastra.
Ese mundo invisible que le cerca,
esas quimeras mil que le acompañan
siempre y do quier, en sueño y en vigilia,
¿que son? Amigos que á su lado viajan
de la existencia por la senda, gotas
que de la fuente del recuerdo manan,
ecos que trae al templo de la mente
desde el vergel de la niñez el áura.
El que niega traidor que les conserva,
miente á su corazon, mas no le engaña;
y, espectros vengadores, esperándole
á los piés de su féretro les halla.
El que en su corazon les aposenta
y les cultiva cual preciosas plantas
del jardin de la vida, con su aroma
de la suya los dias embalsama,
de ella alumbra á su espíritu el camino
de una fé limpia con la antorcha clara,
y el ser que hubo de Dios cuando á Dios vuelve
vé que á las puertas del eden le aguardan.
Cayo, tú que indelebles conservaste
de la niñez las tradiciones santas,
tú, vástago regado con el jugo
de aquella vieja educacion que á España

dió nobles, preclarísimos varones
que, sin ciencia tal vez, mas con fé sana,
llevaron sus enseñas vencedoras
á remotas é incógnitas comarcas,
entra conmigo en las tortuosas sendas
del laberinto oscuro de estas páginas,
en cuyo centro encontrarás ardiendo
de mi creencia la escondida lámpara.
Es uno de esos libros cuyo asunto
ninguna antigua crónica relata,
ni escrito pudo ser sinó en las hojas
del archivo recóndito del alma,
una de esas sinceras narraciones
que el poeta á sus solas desparrama
sobre el haz de un papel, como semilla
que se siembra al azar sin esperanza.
Acaso va á caer en tierra fértil
y fructífica: acaso cae en árida
é infecunda ladera, y ni aun las aves,
por pasto vil á recojerla bajan.
Una de esas leyendas que tan solo
la fe tenaz de los poetas narra
solo para creyentes verdaderos
á cuya ciencia humilde la fé basta.
Una de esas historias que se cuentan
á un amigo poeta ó entusiasta,
ó que á la faz del siglo descreido
desde la cumbre de la fé se lanzan;
desde la cual, sin cólera y sin miedo,
como desde lugar donde no alcanzan
los chicheos del vulgo, se la arroja
cual semilla sobrante en tierra mala.
Obra de quien no mora en este mundo
ni con su siglo vá ni con su raza,
sinó de otro universo mas poético
y mas feliz en la region fantástica.
Historia ¡oh Cayo! de esas que no constan
en documento alguno consignadas
y que tan solo los poetas saben.
¿Quién al poeta se las cuenta? El agua
tal vez de algun arroyo que murmura,
el gemido tal vez de alguna ráfaga,
alguna perezosa golondrina
que vuelve sola en el octubre al Africa,
tal vez el vuelo imperceptible casi
de un insectillo de sonoras alas,
el ruido de la lluvia que se estrella
por el viento impelida en su ventana,
algun silfo invisible que hace lecho
del capullo de alguna pasionaria,
el silencio tal vez de alguna noche
azul, tranquila, trasparente y diáfana,
el son tal vez de las marinas olas,
tal vez el de una amante serenata,
de algun pastor el cántico lejano,
el són de trompa cóncava de caza,
el rumor de las hojas de algun árbol,
el eco que suspira en la montaña,
la exhalacion que rasga el firmámento,
el rojizo fulgor de una almenara,
las solitarias ruinas de un castillo,
de una campestre ermitá la campana,
la misteriosa cruz de una vereda,
de un perdido bajel la vela blanca,
algun nublado que á lo lejos zumba,
algun torrente que en las rocas brama,
un fuego fátuo que movible brilla,
alguna estrella que perdida rádia,
una ilusion tal vez sin faz ni nombre...
¿quién de la inspiracion sabe la causa?
¿quién conoce el oráculo en que el estro
al corazon de los poetas habla?
¿Quién conoce los seres que producen
esos ruidos nocturnos que se escapan
de entre el tapiz que nuestro cuarto abriga,
del pabellon que envuelve nuestra cama,
del vacío cajon de nuestra cómoda,
de la trémula luz de nuestra lámpara,
del seno en fin desierto y silencioso,
del aire sin color de nuestra cámara?
¿Quién conoce la faz de esas quimeras
que en su vacío temerosas se alzan,
vuelan, caminan, ruedan, desparecen,
giran, voltéan, gesticulan, danzan,
se aglomeran, se esparcen, se confunden,
se iluminan, se encojen, se dilatan,
ya sobre alas de dragon se ciernen,
ya del techo se cuelgan con sus garras,
ya se hunden á través de los espejos,
ya surgen á través de las mamparas,
ya en nuestra fáz ingrávidas se posan,
y huyen por fin ante la luz del alba?
¿Quién sabe si esos seres incorpóreos
que en el espacio de los mundos vagan,
son los que en el cerebro del poeta
de estas historias el relato graban?
Él las lee en su cerebro de repente
por invisible mano y en palabras
misteriosas escritas, é inspirándose,
al idioma del hombre las traslada.
¿Quién escitó su inspiracion?—Se ignora.
Tal vez de orígen desigual dimanan;
de Dios las que á su fé nos aproximan,
de Satan las que de ella nos apartan.

SEGUNDA PARTE.

Inspiracion.

Questioni importanti: ma che il lettore risolverá da se, se ne ha voglia.
Noi non intendiamo di dar giudizi: ci basta d'aver dei fatti da racontare.
(ALEX. MANZONI, *I prom. Sposi*, cap. VI.)

Loco estoy, me lo dicen los doctores:
yo mismo reconozco mi demencia,
y es inútil buscar pruebas mejores
que las que suministra mi conciencia.
Ya revelado en bárbaros furores,
ya de calma y salud con apariencia,
mi mal existe siempre, y mucho ó poco,
el hecho en realidad es que estoy loco.

Réstanme empero lúcidos instantes
en cuyos breves rápidos momentos
alumbra con relámpagos brillantes
la severa razon mis pensamientos.
Entonces con placer mas firmes que antes
hallo en mi corazon mis sentimientos,
y oigo sobre la voz de mi demencia
la poderosa voz de mi crëencia.

La voz de un hijo que su préz adora:
que de su fé y su estirpe no reniega,
que no posee la ciencia corruptora
que el siglo actual como torrente anega;
á quien, cual luz de incendio asoladora,
la del siglo no alumbra, sino ciega:
que cantor de los tiempos que ya han sido,
no vive en la centuria en que ha nacido.

Yo no sé si mis ojos alucinan
sus vacilantes y confusas nieblas:
mas yo veo á los hombres que caminan
perdidos en un cáos de tinieblas.
¡Oh tú, por quien los átomos germinan,
que al Sol conduces y los mundos pueblas,
rey de la creacion! ¿Soy yó el demente,
ó está loca en verdad la humana gente?

¿Me engañaron mis padres en la cuna
contándome la historia fabulosa
de un Dios que no eras tú? ¿Es la fortuna,
es la ciencia tal vez del Orbe diosa?
¿Hay que tu fé mejor otra fé alguna?
¿Hay lúz más que tu lúz esplendorosa?
¿Puede la ciencia penetrar del hombre
el profundo misterio de tu nombre?

¿Es verdad lo que escucho y no comprendo
en la noche tal vez de mi locura?
¡que el mundo ha de seguir sin tí existiendo!
¡que ha de vivir sin tí la criatura!
¿Qué religion es esta que no aprendo
por mas que estudio su leyenda oscura?
¿Qué nueva fé es aquesta cuya téa
no dá harta lúz para que mi alma véa?

No sé—Yo aquel que, en tiempo no lejano,
á orillas del humilde Manzanares,
con temblorosa voz y torpe mano,
ensayé en mi land pobres cantares;
hoy, en pós de la lúz, mi castellano
suelo dejando y mis paternos lares,
busco la lúz, con férvido deseo
y, en medio de la lúz, la lúz no veo.

«Contempla sus vivíficos fulgores—»
me dicen: pero trémula vacila
mi vista; en esta lúz otros colores
hay á que no está hecha mi pupila.
Yo echo menos los suaves resplandores
del puro sol de mi niñez tranquila,
y hecho á su dulce claridad primera,
veo el siglo á esta lúz de otra manera.

Paréceme que salgo de la infancia,
y que, en mi débil comprension de niño,
lo que yo creí ciencia era ignorancia,
vil desnudez lo que pomposo aliño,
inodoro vapor lo que fragancia:
cuanto amé no merece mi cariño:
el mundo de hoy lo que soñé no encierra:
otro Dios, otro Sol hay en la tierra.

De su fé, de su lúz ni de sus glorias
idea no hay en la memoria mia:
alteradas me cuentan las memorias
del hijo sacrosanto de Maria:
otros nombres oí y otras historias
que no encuentro en la nueva teología;
esta lúz que me anuncian como aurora
las tinieblas de mi alma no colora.

¿Ciego estaré?—Tal vez!—Llevo perdido
cuanto bien encantó mi edad primera.
Padres, fortuna, pátria... todo es ido.
Empieza á encanecer mi cabellera,
y empiézame á faltar cuanto he querido.
Réstame empero Dios y mi fé entera:
réstame aún mi aliento castellano;
réstame aún mi corazon cristiano.

De mi salvaje fé la fuerza evoco
para hablar á mi siglo frente á frente.
Enhorabuena ténganme por loco:
yo le creo á mi vez sandio ó demente.
En buena hora de mí se cuide él poco.
Nada me curo yo dél ni de su gente;
á su impudente faz vá, pues, mi boca
á escupir la verdad salvaje y loca.

Escucha ¡oh siglo de la luz! el juicio
que ha formado de tí mi fantasía.
Yo no ambiciono hacérteme propicio,
ni á tu favor deber la gloria mia.
Nunca fué á hacer impuro sacrificio
ante tu ídolo vil mi poesía:
primero que inmolarte mi conciencia
permanecer prefiero en mi demencia.

Mi voz de tu poder á las regiones
no levantó jamás á cambio de oro
ni vendidas ni hipócritas canciones;
ni se ha unido jamás al torpe coro
que loa del que vence las acciones,
su dignidad hollando y su decoro:
yo á Dios tan solo demandando ayuda
te diré siempre la verdad desnuda.

Oye tu historia como yo la veo
bajo distinta faz, á lúz distinta
de á las que el sempiterno cacaréo
de tus gárrulos sabios nos la pinta.
Llámante el siglo de la luz: yo creo
que eres, segun se escribe, el de la tinta:
que eres siglo de fósforos y globos,
solo siglo de lúz para los bobos.

Hijo del filosófico ateismo
del pasado este nuestro, himnos á coro
entonó á la virtud y al patriotismo;
mas, renegado vil, su Dios fué el oro,
su ley, su fé, su ciencia fué empirismo,
cínica hipocresía su decoro,
y con la cruz y el látigo en la mano
padre se hizo llamar y fué tirano.

«¡La ciencia es lúz, la libertad es vida!»
dijo la multitud que se vió esclava.
—«¡Sacrílega! ¡rebelde! ¡deicida!
la llamó la ambicion que en páz reinaba.
—«¡Guerra!»—gritó la turba enfurecida:
—¡guerra!—gritó á su vez la ambicion brava;
y de la libertad y la fé en nombre
en fratricida lid se empeñó el hombre.

¡Hé aquí ya á Satanás, que eternamente
de la raza de Adán frágua la ruina,
aparecer! La multitud demente
á quien su ciencia pérfida alucina,
corre tras sus banderas, é insolente,
impía, ciega, audáz, bárbara, arruina,
pulveriza, feróz, inmola insana
cuanto adoraba ayer la raza humana.

Hé aqui Señora universal del mundo
á la revolucion.—¡Cuán ancha copa
de dolor amarguísimo y profundo
ha hecho á los hombres apurar! Europa
huméa ensangrentada: lodo inmundo
mancha el ebúrneo trono y áurea ropa
de sus proscritos ó difuntos reyes,
y otro poder la rige y otras leyes.

¿Era injusta su ley?—¿ellos tiranos?
¿del poder triunfador que los derroca
son santas ó sacrílegas las manos?
A la posteridad el fallo toca:
hombre no más, juzgar á mis hermanos
no osa mi corazon, no osa mi boca:
no vá la inspiracion de los poetas
á la escelsa region de los profetas.

De nueva lúz tras de la nueva aurora
do quier la humanidad se precipita,
y á ciegas por do quier hunde y devora
cuanto la nueva lúz cree que la quita.
De Evangélica en véz, devastadora
la civilizacion al orbe agita,
y del incendio y del cañon la llama
la libertad alumbra que proclama.

¡Cuánta noble ilusion desvanecida!
¡cuanta fé y juventud, cuánta esperanza
justa sacrificadas, cuánta vida,
á servil ambicion y á ruin venganza!
¿Donde no hay ¡santo Dios! sangre vertida?
¿En que hemisferio no hay guerra ó mudanza?
¿Dónde de lo de ayer existen trazas?
Nuevas las leyes son: nuevas las razas.

Mas sobre el mundo la miseria pesa,
la discordia ante el hombre abre un abismo:
la sociedad se agita, á un tiempo presa
de la incredulidad y el fanatismo.
El trueno zumba: el temporal engruesa:
lucha el siglo tenáz consigo mismo:
todo, la lúz buscando, lo atropella:
¿Por qué, tras tanto afán, no dá con ella?

Dice la Sociedad:—«errados vamos.»
Dice el legislador:—«leyes haremos:»
—«¿quién nos dará la lúz tras de que andamos?»
—«La civilizacion.»—«Civilicemos.»
Y para ver, los tronos incendiamos.
Ya hay lúz: mas ¿qué nos falta que aun no vemos?
Falta LA CONVICCION al sabio insano:
Fé es lo que falta al corazon humano.

Sin Fé no hay libertad, ni lúz, ni ciencia.
Para hacer de la tierra un paraiso
no es menester alzar la inteligencia
mas que lo que el Señor alzarla quiso;
para dorar del hombre la existencia
cumplir el Evangélio es lo preciso:
hermanos para hacer los hemisferios,
templos son menester, no falansterios.

Ni gobierno sin fé jamás radica,
Ni hay religion sin fé que no se agote;
y la ley, la virtud hoy se predica
apoyada en el sable ó el azote.
Sin fé el legislador su ley publica:
perora sin fé en Dios el sacerdote:
y la fraternidad va por la tierra,
pregonando la páz, en trén de guerra.

Siglo de la banal caricatura,
Estéril forjador de teorías,
augurador de paz y de ventura
cuando eres mónstruo engendrador de harpías:
mientras no tengas fé sencilla y pura,
no esperes alcanzar serenos dias,
mientras labrando pólvora y espadas
necesites ejércitos y armadas.

Mientras no deje el labrador sus bueyes
en el campo sin guarda: mientras hijas
de la fraternidad, con pocas leyes
tu virtuosa sociedad no rijas;
mientras no duerman sin guardian tus reyes
y con fé tus apóstoles no elijas,
tu libertad en feto aun no respira:
tu civilizacion es aun mentira.

Mientras en vez de las torpes narraciones
de la novela impúdica y sin ciencia,
no enseñes á tus hijos las lecciones
santas de tu católica creencia,
ni abrigarán virtud sus corazones,
ni alumbrará el saber su inteligencia:
su ilustracion será vil empirismo,
y su virtud hipócrita egoismo:

Mientras desde Nembrod á tus guerreros
no dés, en vez de fama laudatoria,
el título de nobles bandoleros
que ensangrientan de su época la historia,
no apoyará en cimientos duraderos
el magnífico templo de tu gloria.
Solo, y de caridad y fé provisto
predicó, no entre lanzas, Jesucristo.

Entre tanto á las grandes convulsiones
que causan tus catástrofes y ruinas,
en vano ciega buscarás razones
y aplicarás utopias y doctrinas.
A elevarse ó hundirse á las naciones
guian, sin tu favor, leyes divinas:
libre de tu insensato poderío
corre de su existencia el túrbio rio.

La misteriosa historia de la tierra
esplican tus políticos en vano:
las teorías que su ciencia encierra
no son mas que delirios: el arcano
del tiempo, de la peste, de la guerra,
vé solo Dios; el hombre es un gusano
que no podrá jamás mirar al cielo
sinó á través del polvo de su suelo.

Dios solo es sábio. Él es quien encadena
los dias con los dias: él escita
la tempestad y arregla ó desordena
los elementos y los pueblos; quita
la existencia y la dá: lanza ó refrena
el carro de su cólera, y agita
cual las ondas del mar en las naciones
las ondas de sus mil revoluciones.

No hay mas poder que el del Señor. En vano
el orgullo del hombre se le opone.
Dios tiene al orbe en su potente mano,
y él solo fin á los principios pone.
Dios está encima del poder humano:
solo él juzga, posterga y antepone:
Dios es el rey que está sobre los reyes:
Dios escribe su ley sobre sus leyes.

¿Quién contra Dios? Esclavo de su antojo
sobre el ház de la tierra el tiempo pasa,
y donde fué la flor planta el abrojo:
el valle encumbra, la montaña arrasa,
torna páramo el bosque, erial rastrojo
la miés; su vida á las naciones tasa,
las razas y los pueblos pulveriza,
y otras razas y pueblos entroniza.

Adios ¡oh siglo de la luz! Mi boca
te ha revelado yá las teorías
de mi salvaje fé: mi alma loca
ni vé á tu luz ni vive con tus dias,
de tí reniega y tu favór no invoca.
Tú tienes tus creencias, yo las mias:
tú crees que ante la luz rejuveneces,
yo creo que no ves y que envejeces.

Hé aquí por qué de tí viví alejado,
poeta de los siglos que ya han sido;
ave que á estraño clima han trasladado
y busca y no halla con que hacer su nido:
yo poesía en tí no habiendo hallado,
al tiempo viejo á demandarla he ido;
y á los viejos creyentes corazones
relato nuestras viejas tradiciones.

Por eso de mi sér las facultades
consagro á lo que fué, y en mi memoria
solo de antiguos tiempos y de edades
pasadas vive la dorada historia.
Deploro las presentes vanidades
mirando al tiempo aquel de fé y de gloria,
y cruzo la centuria de la ciencia
á la lúz del fanal de mi creencia.

Otros que ven tu luz, su fé y su aliento
consagren á tu espléndida grandeza,
¡oh siglo! Yo mi ceguedad lamento
mas no hay en tí ni en mí culpa ó torpeza.
¿Quién sabe si al marcarme nacimiento
erró un siglo tal vez naturaleza,
y á este mundo mortal me envió su mano
algun siglo mas tarde ó mas temprano?

Como quiera que sea, en mi garganta
rebosando la voz, la poesía
inflamando en mi ser su llama santa,
voy á dar á os vientos la voz mia
cual de ave loca que perdida canta:
oye ¡oh preclaro siglo! la armonía.
Canta tú del saber la omnipotencia;
yo cantaré mi fé: Dios es la ciencia.

CAPITULO SEGUNDO.

DE LOS PRIMEROS COMPAÑEROS QUE ME DEPARÓ LA SUERTE EN EL PRIMER PASO DE MI MALA VIDA.

I.

Hace ya diez y seis años:
sobre la española tierra
la tempestad y la guerra
indignado enviaba Dios.
La situacion era crítica
y árdua: como un torbellino
la revolucion política
todo la arrastraba en pos.

Creencias, ritos, costumbres,
razas, letras, ciencias y artes
tomaban por todas partes
nueva forma, nuevo ser.
Un vértigo irresistible
embriagaba por do quiera
los ánimos: una era
nueva empezaba á correr.
Dos pendones dividian
en dos bandos nuestra patria,
y dos razas acudian
á su parte cada cual;
y ambas para sí invocando
á la justicia y al cielo,
á cubrir de sangre y duelo
iban su tierra natal.
Un viento estranjero, en libros
y pinturas y diarios,
pensamientos incendiarios
nos traia sin cesar:
y sus átomos, lanzados
por campiñas y ciudades,
un gérmen de novedades
no cesaban de sembrar.
A la luz de un alba nueva
que anunciaba un nuevo dia,
diferente aparecia
cuanto fué, cuanto existió:
y cuanto tuvo hasta entónces
contemplando usado y viejo,
cambió el pueblo de consejo
y lo nuevo idolatró.
Creó y dióse nuevas leyes
libertad y luz ansiando,
y lo antiguo aniquilando
lo empezó todo á innovar.
Era un tiempo de tormenta;
los siglos y las edades
tal vez tienen tempestades
y equinocios como el mar.
Yo, cual átomo viviente
de la raza innovadora,
ví en lo nuevo nueva aurora
que mi mente deslumbró:
y sorbido por la tromba
de las nuevas teorías,
adoptándolas por mias,
su balumbo seguí yo.
Como al centro de aquel círculo,
como al foco de aquel fuego,
á la corte desde luego
acudir imaginé;
é insensata mariposa,
de la luz vertiginosa
del nuevo astro enamorada
á su luz me aproximé.
El tranquilo hogar paterno
una tarde abandonando,
cuanto amaba en él dejando,
por los campos me salí;
eché á lomos de una yegua,
y temiendo ser seguido,
por el fondo mas tupido
de unos montes me metí.
Al abrigo de lo espeso
de sus recios enebrales,
sus silvestres matorrales
afanoso atravesé:
mas las sendas ignorando
y en sus páramos sin guia,
me faltó la luz del dia
y perdido me encontré.
Las tinieblas de la noche
por la tierra se estendieron,
y en mi espíritu surgieron
los fantasmas del pavor.
Me ví á solas cara á cara
con mi Dios y mi conciencia,
y al umbral de la existencia
mi existencia me dió horror.
Creí oir á cada paso
del desierto entre los ruidos
de mi madre los gemidos
que por mí rogaba á Dios,
y escuchar creí mil veces
entre el vago son del viento
de mi padre el grave acento
que corria de mí en pós.
Cada rama que en su vuelo
una ráfaga movia,
colosal me parecia
brazo alzado contra mí,
y el perfil de cada tronco
sobre el cielo destacado,
ser fantástico apostado
á atajar mi paso allí.
En la angustia de mi alma
presentóme mi memoria
de la fábula y la historia,
de la fé y supersticion
las medrosas relaciones
que, escuchadas ó leidas,
manteníanse escondidas
en mi jóven corazon.
Cuanto oí ó leí de lúgubre,
maravilloso y horrendo,
fué en mi mente apareciendo
de mi pánico al poder;
de las Amadís y Orlando
relaciones estupendas,
á las cándidas leyendas
del buen padre Nieremberg.
Exaltado mi cerebro
con los cuentos de la infancia
sucumbió á la estravagancia
del delirio del terror:
y, al poder de mi pavura,
en fantasmas y esqueletos
convertidos los objetos
me giraban en redor.

Y las peñas y las matas,
los enebros y zarzales,
de contornos infernales
revistiendo su perfil,
se arrancaban de la tierra
donde estaban arraigados,
y danzaban animados
por mi pánico febril.

El balar de las ovejas
recojidas en los cerros,
los ladridos de los perros
que guardaban el redil,
el susurro de las ramas,
de las áuras el gemido,
germinaban en mi oido
pavorosos ruidos mil.

Nubarrones descarriados,
impelidos por el viento
del nublado firmamento
sobre el fondo sin color,
como ejércitos de mónstruos
el espacio atravesaban,
y los astros entoldaban
con sus alas de vapor.
El rumor que en la hojarasca
al cruzar por su espesura
mi veloz cabalgadura
producia al galopar,
parecíame un estruendo
producido bajo tierra
por la laba opresa hirviendo
de un volcan pronto á estallar.

Yo, cobarde, amedrentado
¡ay de mí! por la pavura,
iba huyendo á la ventura,
sin que en tal desolacion
comprendiera que los mónstruos
que poblaban tierra y vientos
eran los remordimientos
del culpable corazon.
¡Insensato! yo buscaba
en fantásticos poderes
el orígen de unos seres
que nacian de mi ser:
ignoraba aun que es el hombre
de miserias un abismo,
que, enemigo de sí mismo,
se las crea por do quier.

Que la aurora que la vida
tiñe en tintas de azul y oro,
es un falso meteoro
de la ciega juventud,
y que el viento de los duelos,
la amargura y desengaños,
traen al alma con los años
el hastío ó la virtud.
Yo corria de este mundo
tras la gloria y la ventura,
empezando la amargura
de sus goces á probar:
en mi sed de independencia
yo mi hogar abandonaba,
y, ya libre, suspiraba
por la cárcel de mi hogar.
En aquella aciaga noche,
siempre viva en mi memoria,
comenzó mi loca historia
y mi gloria comenzó.
Al contarlas mis biógrafos
las contaron puras, bellas:
¡ay de mí! no saben de ellas
lo que sé tan solo yo.
Al contar como corria
por los páramos perdido,
me suponen conducido
por la gloria y por la fé:
yo que lloro los errores
á que el génio me ha arrastrado,
de sus flores coronado,
las espinas que dan sé.
¡Gloria! eden imaginario
que á los necios alucinas,
de tus flores las espinas
nos oculta la ilusion:
esta al fin desvanecida,
convencido quien te adora,
ó se desespera ú ora
desgarrado el corazon.
Yo, á Dios vuelto, de su gloria
me guarezco bajo el manto
y los himnos que levanto
con fé ardiente y voz audaz
ya no aspiran á tejerme
una tienda con tus palmas,
sino á inspirar en las almas
una fé pura y tenáz.
Mas ¿dó voy, mísero loco,
por mi cuento descarriado,
cual corrí descaminado
por los montes años há?
Les cruzaba en las tinieblas
sin amparo y sin camino,
entregado á mi destino,
descorazonado ya,
Sin osar volverme al cielo,
cuya faz me amedrentaba,
sin que viera sobre el suelo
esperanza de solaz,
escuchando los ahullidos
de las fieras y alimañas
con que heria mis oidos
cada ráfaga fugaz.
Aterrado, mas á impulsos
de la fé que en mí vivia,
con la voz de *¡madre mia!*
á la Vírgen invoqué:
á mi voz, como evocada,
una luz brilló á lo lejos,
cuyos trémulos reflejos
como un faro saludé.
Arrastrada por su instinto
ó por mas celeste influjo,
mi montura me condujo
desenfrenada hácia allí:
y aunque ya falto de aliento
casi y transido de espanto,
cual por virtud de un encanto
á verme entre hombres volví.
Dí en un adoar de gitanos;
con mi yegua, en su carrera
ciega, á través de una hoguera
desatinado salté:
su brida asieron cien manos:
cien lamentos, cien ahullidos
desgarraron mis oidos,
y caí y me desmayé.
Cuando volví á abrir los ojos,
halléme en una cabaña
cercado de gente estraña
que se ocupaba de mí.
Una desgreñada vieja
con un candil en la mano,
me salmodiaba en gitano
ensalmos que nunca oí;
Y un hombre de faz morena,
orlada de anchas patillas,
me aplicaba á las rodillas
garrote con un cordel.
Yo comprendí con espanto
que á la vida me volvia,
no la eficaz salmodía,
sino el tormento cruel.
El dolor me arrancó un grito
y entrambos por mi ventura
cesaron en la tortura
que me daban á la par:
y al fin satisfechos ellos
y yo repuesto del todo,
empezóse de este modo
conversacion á trabar.
El—«Señorito, ¿adónde bueno
tan solo y descaminado?
¿cómo así se la ha enredado
el demonio á su mercé?
Nada tema de nosotros:
esplíquese francamente
su mercé, se halla entre gente
leal y de buena fé.

Vamos! no hay de qué asombrarse,
señor: déme acá esas manos
á besar; aunque gitanos,
somos hijos de Undivel,
y somos agradecidos,
y yo sé que si hoy mantengo
la pobre vida que tengo,
se la debo solo á él.

ELLA—Sí, señorito, bien sabe
mi hijo Ramon lo que dice:
su mercé se tranquilice
y mande como señor;
aquí el agradecimiento
á su mercé es muy profundo,
y le mira todo el mundo
con respeto y con amor.»

Pasaba yo mis miradas
de la gitana al gitano,
y un recuerdo muy lejano
pugnaba por aclarar
en mi memoria: eran gentes
á quienes yo conocia
sin duda, mas no podia
quiénes fuesen recordar.

Ví empero que mi silencio
á ofenderles comenzaba,
mas á anudar no acertaba
la rota conversacion:
á pesar de sus protestas
de lealtad y de celo,
no sé qué necio recelo
me embargaba el corazon.

Tal es el hombre: su instinto
la sociedad estravía,
y no le sirve de guia
naturaleza jamás;
cuanto mas civilizado,
mas ciego y mas lejos de ella,
desconoce y atropella
su bien, le pierde quizás.

La bestia mas insensata,
una vez agradecida,
jamás el semblante olvida
del amigo ó bienhechor:
el perro nunca equivoca
con el amigo al contrario;
solo el hombre temerario
funda su instinto en error.

Así yo desconociendo
las señales verdaderas
de las palabras sinceras
de mis amigos dudé,
y descarriado mi instinto
por mi educacion vici da,
por doblez vil y taima la
la sinceridad tomé.

El gitano, mas grosero
y menos civilizado
que yo, mas mejor guiado
por su instinto natural,
me perdonó generoso
aquella injuriosa duda,
mi desconfianza muda
interpretando leal.

«Vaya, señorito, (díjome)
fuerza es que yo á la memoria
le traiga una vieja historia
que abone mi lealtad.
Yo soy aquel veredero
que en la sierra fusilado
iba á ser, y fué salvado
por su generosidad.

Vea su mercé si puedo
pagar con algo esta vida,
que es deuda que contraida
tengo yo con su mercé:
como su mercé á mí entonces,
estoy pronto hoy á ayudarle
sin pararme á preguntarle
de sus hechos el por qué.»

Vínome el rubor al rostro
al tiempo que la memoria;
verdad era aquella historia;
cojido en una ocasion
como espía en la montaña,
el jefe de la partida
liberal le dió la vida
por mi sola intervencion.

Dijo el jefe: «por mi parte
que huya y se salve si puede:
yo procuraré que quede
solo: no puedo hacer mas.»
Fué noche: dejóle atado
su guardian olvidadizo:
le dí un cuchillo, y él hizo
en la sombra lo demás.

Deslizóse cautamente
hasta el fondo de un barranco,
y probó que no era manco
llevándose hasta el cordel
y el cuchillo: mas ¿quién prueba
que generoso no quiso
librarme del compromiso
de connivencia con él?

Reconocíle con gozo,
lloré y le tendí la mano;
besóla con el gitano
su vieja madre tambien:
y puestos los tres de acuerdo
para el porvenir, me dijo
la vieja: «fie en mi hijo,
señorito, y duerma bien.»

Mataron la luz: cerraron
la puerta de la cabaña,
y á mis piés se acomodaron
en un mísero jergon.
Yo era aun un niño: el cansancio
me rindió en breves momentos,
y ahogó mis remordimientos
el sueño en mi corazon.

II.

Coloraba el monte apenas
el albor de la mañana,
cuando la tribu gitana
se dispuso el campo á alzar.
Peregrinos incansables,
raza sin patria ni hacienda,
el firmamento es su tienda,
es el páramo su hogar.
Familia rapaz de halcones
al azar encomendados,
cual se acuestan sin cuidados
se despiertan sin afan;
la pródiga providencia,
como á las aves del viento
les procura el alimento
por donde quiera que van.
Indómitos moradores
del mundo civilizado,
nunca salen del estado
en que les cupo nacer;
los siglos pasan sobre ellos
sin trocar su faz salvaje;
su vida no es mas que un viaje
cuyo fin no quieren ver.
A un mismo tiempo enemigos
de la paz y de la guerra,
vagan libres por la tierra
con ella en guerra y en paz;
ninguna ley reconocen,
por ningun pueblo combaten,
bajo ningun yugo abaten
su independencia rapaz.
Creen que estando al par abierta
para todos la campiña,
el engaño y la rapiña
dan derecho á posesion,
y los bienes, por la tierra
para todos derramados,
con derecho igual gozados
á la par por todos son.
Por do quiera que el descuido
buena ocasion les ofrece,
lo olvidado desparece,
lo perdido halla señor,
y al punto tal metamórfosis
sufre el objeto adquirido,
que ya no es reconocido
por su antiguo posesor.
Su tráfico es la mentira,
el pillaje sus hazañas;
su historia son las patrañas
que de ellos el mundo cree:
su astucia las alimenta,
porque su poder consiste
en el de que les reviste
la supersticiosa fé.
En las viejas de esta tribu
supone el vulgo villano
misterioso, sobre humano
y satánico poder:
atribuye á su mirada
facultad de hacer *mal-de-ojo*,
y á su envidia y á su enojo
maleficios que temer.
Crée que curan y que hechizan
con ensalmos y conjuros,
que hacen filtros que seguros
la vida y la muerte dan:
que, para usos mil diabólicos,
de niños y de difuntos
con sangre y grasa hacen untos,
y en fin que al sábado van.
Cree que en un juego de cartas
y en las rayas de la mano
abierto el lóbrego arcano
del porvenir las está,
y que cuando una gitana
ha tocado una moneda,
por ella hechizada queda
y que tras ella se vá.
Esta vulgar é insensata
supersticiosa creencia
les condena á una existencia
nómade, errante y rapaz.
La sociedad como á infames
de su seno les rechaza,
y ellos conservan su raza
vírgen con celo tenaz.
Infamados, mas temidos
tal vez por el mundo entero,
ellos con orgullo fiero
aceptan su baldon,
y si el mundo halla algun dique
que su pertinacia tuerza,
ceden siempre ante su fuerza
pero sin darle razon.
Desconocidos de todos,
mirados como enemigos,
ellos solo son amigos
de los que su sangre son;
jamás se mezcla su raza
con mas raza que la suya,
y no hay poder que destruya
su raza y su religion.
Oculta profesan una:
tienen ritos, leyes, trage,
costumbres, barrio y lenguaje
aparte de los demás;
no hay raza que mas conserve
de su tipo la pureza:
su agreste naturaleza
no se desmiente jamás.
Jamás rompen la barrera
que del mundo les separa:
jamás gitana hizo cara
á quien gitano no fué:

y si á sus piés vino un loco
por una pasion rendido,
abrazó al ser su marido
su profesion y su fé.
Cada tribu tiene un jefe
con poderes absolutos,
quien sin nombres ni atributos
ostentosos es el rey;
contra su poder omnímodo
nadie nunca se rebela,
él manda, y jamás se apela
de los fallos de su ley.
Su eleccion no admite intrigas:
como egipcio patriarca,
el mas viejo es el monarca
por derecho natural:
muerto ó ausente el reinante,
quien le sigue toma el mando,
sus derechos consagrando
la obediencia universal.
Con su miseria contentos,
fieros con su independencia,
de su nómade existencia
hacen gala y vanidad:
sin pesares, la alegria
en sus pechos atesoran,
y fanáticos adoran
su salvaje libertad.
Sus frugales alimentos
é interminable ejercicio
crian su cuerpo sin vicio
en vigorosa salud:
flexibles, infatigables,
como el gamo y la pantera,
su vida pasan entera
en indócil inquietud.
Como oriundos del Oriente
perezosos y holgazanes,
aborrecen los afanes
del trabajo corporal;
y jamás labran la tierra,
ni mas oficios ejercen
que aquellos que no les tuercen
su inclinacion natural.
Crian bestias con las cuales
trafican, cuyo servicio
es útil para su oficio
vagabundo y su faláz
profesion, mixta de robo,
de comercio y de empirismo,
que practican con cinismo
desvergonzado y sagáz.
Y utilizando la fama
que entre el vulgo les procura,
dicen la buena ventura,
tiran las cartas, y ván
por do quiera con sus artes
sus danzas y sus canticios
recojiendo beneficios
sin trabajo y sin afan.
De sus bailes y sus cánticos
el són y la poesía
rebosan una alegría
locamente original,
y el bullicio gitanesco
de una fiesta en sus adoares
guarda el tipo pintoresco
de su orígen oriental.
La hermosura de sus hembras
voluptuosa y espresiva,
por demás provocativa,
es arisca por demás
y lo ardiente y voluptuoso
de su garbo y de su gesto
jamás raya en lo modesto,
mas no es lúbrico jamás.
Libre y sin freno en sus gustos,
nunca una moza gitana
va á encenagarse liviana
en venal prostitucion;
jamás vende sus caricias
ni dá al oro su hermosura;
nunca es mercancía impura
su amor; es una pasion.
Tal es la raza gitana:
la madre naturaleza
bajo su agreste corteza
puso empero una virtud;
una que el hombre del mundo
descuida: una verdadera
virtud que el bruto y la fiera
poseen: la gratitud.
Virtud que innata en su alma
es: como el perro el gitano
besa sincero la mano
que pan ó favor le dá:
virtud de toda la raza:
haced á uno un beneficio,
y entera á vuestro servicio
teneis á su tribu ya.
Tal era la compañía
que me deparó mi estrella;
no sé si hice mal con ella
en ir de mi suerte en pós:
mas con ella entré en el mundo,
y al consignarlo en mi cuento
ni dudo, ni me arrepiento.
¡Que me lo perdone Dios!
Bañaba ya las colinas
del alba la luz de grana
cuando la vieja gitana
de mi sueño me sacó
diciéndome: «¡arriba, hijo!
que es preciso que vayamos
un poquito lejos»—«¡vamos!»
despertando dije yo.
Maese Ramon entonces,
dándome un trage gitano,
comenzó con diestra mano
mis cabellos á trenzar;

endoséme yo cual supe
mi gitanesco atavío,
y pasó el antiguo mío
al dominio del adoar.
Pronto fuí otro: mas antes
de salir de la cabaña
á una operacion estraña
me presté, no sin rubor:
la vieja con no sé qué untos
que componen los gitanos
dió á mi rostro y á mis manos
mate y cetrino color.
Mis facciones aguileñas
y mis crecidos cabellos
diéronme pronto con ellos
semejanza singular;
miréme en un roto espejo:
en la imágen reflejada
por él no pude ya nada
de mí mismo recordar.
Cuando quedó por completo
mi metamórfosis hecha,
dió una vuelta satisfecha
la vieja en redor de mí:
contemplóme un breve instante
el gitano sonriéndose,
y enfrente de mí poniéndose
me dijo tranquilo así:
—«Ahora, todita su gente
y todita la justicia
de la tierra dará pícia
persiguiendo á su mercé.
Su mercé es todo un pimpollo
de la huerta de Triana:
salga, pués, y en la gitana
familia lo ingeriré.»
Abrió y salimos: el campo
ví ya levantado, y, puesta
su hacienda en las béstias, presta
hallé la tribu á marchar.
Componíanla diez hombres,
siete hembras y seis muchachos,
que de asnos, potros y machos
guiaban un centenar.
Nadie estrañó mi presencia
al parecer, ni la causa
preguntó de ella: una pausa
hubo empero en el rumor
inherente á tal escena,
y Ramon aprovechándola,
con voz de autoridad llena
les habló en este tenor:
—«Muchachos, mi ahijado es este:
todito el mundo gitano
lo ha de tratar como á hermano;
la ley lo quiere pescar
y debemos del mal paso
sacarle: conque ¡al avío!
pongamos tras él el río
en un verbo, y espoleár.»—
Los hombres con un saludo
de cabeza breve y mudo
me mostraron que asentian
al mandato de Ramon;
las mugeres con un poco
descarado atrevimiento
en palabras de contento
me espresaron su adhesion.
Como yo desfigurada
mi yegua un mozo me trajo
y empezamos agua abajo
el Esgueva á bordëar:
pronto encontramos un vado;
por él cruzamos el río,
y del monte en lo bravío
nos metimos sin parar.
Aquella especie de *egira*
por enmedio de un desierto,
acampando á cielo abierto
y asociado á gente tal,
tenia á los ojos mios
y tiene aun hoy en mi mente,
un no sé qué del Oriente,
pintoresco, original.
¡Pobre loco! En mis delirios
estrambóticos me pinto
tal vez el mundo distinto
de como ha sido jamás;
mas ya es largo este capítulo:
reposa, lector paciente,
que siguiendo complaciente
á mi loca pluma vas.

CAPITULO TERCERO.

DE CÓMO APARECE LA AURORA EN EL PRESENTE LIBRO, DANDO PRINCIPIO Á UN CUENTO MARAVILLOSO.

Iba el dia á espirar. El sol poniente
cerraba el horizonte por ocaso
con cortinas de púrpura, y la luna
alzaba por oriente en el espacio
su pálido fanal, tendiendo al aire
de su luz nacarina el velo blanco,
cual si del astro rey enamorada
siguiendo fuera el luminoso rastro.
Se anunciaba una noche deliciosa
de primavera: el aire embalsamado
con el aroma del enebro henchía
el cansado pulmon de aliento sano.

Y la nocturna brisa por las ramas
invisible y balsámica pasando
oreaba mi faz dando á la atmósfera
lánguido són y movimiento manso:
yo la aspiraba ansioso, el laberinto
de mis ideas recorrer dejando
al alma melancólica, y marchaba
con maese Ramon trás sus gitanos.
Cruzando así por páramos y dehesas
de Castilla en el límite acampamos,
en la loma de un cerro, ante una ermita
dedicada á la Vírgen. Del santuario
cuidaba y de una lámpara que ardia
perenne ante el altar un ermitaño
sin otro bien que la limosna santa
recojida en los pueblos comarcanos.
Un huertecillo que acotó con piedras,
una casucha ruin y un pobre campo,
daban asilo y alimento á este hombre
y á unas mezquinas ovejuelas pasto.
Recibiónos alegre el buen santero
como á antiguos amigos, y entre tanto
que la cena aprestaban las mugeres,
entre Ramon y yó pasó este diálogo:

El—Ahora que libre su mercé se encuentra
de la gente de ley, hablemos claros.
¿Donde vá su mercé?

Yo— Voy á la corte.

El—¿Tiene amigos allí?

Yo— Ninguno.

El— ¿Acaso
dejó allí amores?

Yo— No.

El— ¿Que busca entonces?

Yo—Libertad y fortuna. Voy en brazos
de mi destino sin amor ni amigos
ambicioso de gloria y de oro falto.

El—Pero, en fin, ¿en qué funda su esperanza
para que la fortuna le dé amparo?

Yo—En el tiempo y en mí.

El— ¿Su mercé piensa
recibir una herencia tiempo andando?
¿quiere echarse á un oficio ó á un comercio?
¿tiene alguna invencion, tiene algun tráfico?

Yo—Ni yo puedo decirte lo que quiero
ni acertaré á esplicarte lo que aguardo.
La miseria tal vez: pero resuelto,
solo á la corte, como ves, me lanzo.

El—No entiendo á su mercé: pero no importa,
le serviré leal: á Madrid vamos.
Lo he prometido á su mercé y de cierto
lo plantaré en la corte sano y salvo;
mas me pesa que allí tan sin recursos...
porque aunque yo le deje algunos cuartos...

Yo—Gracias: no están, Ramon, á tus alcances
las razones ni el fin de lo que hoy hago;
mas tal vez este viaje, estas palabras
que en solitaria plática cruzamos
me sirvan de recóndita vereda
para llegar despues á fines altos.
Si puedo conseguir que séa el mundo
lo que yo á solas en mi mente fráguo;
si logro que en un libro reunidos
mis pensamientos...

El— ¡Válganme los santos!
señorito: ya alcanzo lo que intenta
su mercé allá en la corte: echarse á sabio,
meterse á hombre de ciencia, y hacer libros.
¿Pero eso dá dineros?

Yo— Puede darlos;
pues con un poco de fortuna y génio,
con constancia y con fé, se hacen milagros.

El—Si hace ese su mercé, bien podrán luego
como á tal enseñarle: pero al caso.
Nosotros por dos dias á una feria
que hay en redor de aqui nos alargamos:
su mercé, la verdad, como á esta vida
aun no se halla con mucho acostumbrado,
ni del tráfico tiene todavia
la gitanesca charla y desparpajo,
vá á verse entre nosotros mal ingerto,
haciendo mal papel en el mercado.

Yo—Es muy cierto, Ramon.

El— Su mercé puede
quedarse aquí seguro. El ermitaño
le dará la mitad de su vivienda
y yo respondo de él. Tengo á mi cargo
cuidar de su alimento por la tribu,
y le vengo á traer todos los años
dos veces lo que mandan de Triana
los viejos para él.

Yo— ¿Es un gitano?

El—No: como su mercé, cuando mancebo
anduvo á nuestras tribus agregado
no sé cómo; su historia misteriosa
conocen nada mas nuestros ancianos,
y dicen que con ella puede hacerse
un libro: á mí jamás me la ha contado;
yo solo sé decir que es hombre justo,
sóbrio, leal, caritativo y santo.

Yo—Pues me quedo con él.

El— Su merced quede
seguro de que en este despoblado
nadie vendrá á inquietarle. A los dos dias
yo volveré por su mercé, y en tanto
pésquele su mercé la historia, escríbala
y démela á leer.

Yo— Pierde cuidado,
que como él me la cuente y sea buena,
la has de ver en un libro antes del año.

La cena estaba pronta: alegre círculo
ante un profundo marmiton formando
nos aguardaban ya con impaciencia
mis compañeros nómades. Cenamos
y dormimos tranquilos: con el alba
á la feria partió con sus gitanos
Ramon, y el buen santero y yo en la ermita
hospedador y huésped nos quedamos.
Era él un viejo sobre el cual pesaban

de una centuria entera los amargos
recuerdos, y á las puertas del sepulcro
vivia en sus memorias arrobado.
La calma de su espíritu bañaba
su semblante leal, sereno y plácido
con una afable y paternal sonrisa
que inundaba de luz su rostro pálido.
Su lenguaje castizo aunque sencillo
y sus modales graves aunque francos,
al hombre noble acostumbrado al mundo
revelan á través del burdo sayo.
Le abrí mi corazon: sanos consejos
con acendrada fé me dió llorando,
yo le pedí su historia, de la mia
que le acababa de fiar, á cambio.
Contómela, y á vuelta de esta hoja
te la voy á escribir ¡oh lector caro!
dando una forma regular al cuento
de sus hechos sombríos y fantásticos.
Léela; y si en ella, buen lector, meditas
yo fio en Dios que su gentil relato
dará música dulce á tus oidos,
y á las heridas de tu pecho bálsamo.

MAESE ADAN Y SU HIJA.

CUENTO DIABOLICO.

I.

Quien no ha visto nunca á Aurora,
la gitana de Sevilla,
no ha visto la maravilla
mayor del Guadalquivir;
es la flor de las morenas,
es la perla de Triana,
con un alma, aunque gitana,
pura cual oro de Ofir.

Quien no vió jamás á Aurora,
ni vió cabal criatura
ni pudo de la hermosura
formar idea cabal;
su hermosura puede solo
parecer bien, comparada
con la hermosura de un Hada
de una leyenda oriental.

Sus gracias son como prenda
que Dios, de las gracias dueño,
echó al mundo con empeño
de mostrarle su poder;
son un conjunto acabado
sus gentiles proporciones
de todas las perfecciones
que caben en la muger.

Está en los floridos dias
de sus diez y nueve mayos:
sus ojos, límpios cual rayos
del matutino arrebol,
lucen en un rostro franco,
á cuya tez de azucenas
ha dado tintas morenas
la luz ardiente de sol.

La negra y rica madeja
de su cabello abundante
corona de su semblante
el puro contorno oval,
como la toca de plumas
con que ornó naturaleza
de la garza la cabeza
y la del águila real.

Su cintura se cimbréa
cual los tallos de las palmas:
su mirar roba las almas,
las hechiza su cantar,
no tiene par en el garbo
de puntear una vihuela,
ni hay quien una castañuela
con las suyas lleve al par.

Cuando sale de Triana
conduciendo su cuadrilla
á ganarse por Sevilla
de su errante vida el pan,
se asoman á los balcones
las damas mas principales,
y sobre ellos llueven reales
por donde quiera que van.

Mas es muy justo ¡á fé mia!
pues mas ágil bailadora
ni mas diestra tañedora
no se vió ni oyó jamás.
De su baile con los pasos,
con el son de sus canciones,
se lleva los corazones
embebecidos detrás.

Por doquier que se presenta
en paseo, calle ó plaza,
el camino la embaraza
la curiosa multitud;
y en las casas mas severas
se la llama y se la admite,
porque dicen que compite
con sus gracias su virtud.

Ni livianas, ni incentivas,
las posturas y mudanzas
de sus pasos y sus danzas,
decorosas siempre son;
ni en su boca de corales,
en lo que há que és conocida,
se oyó torpe ni escedida
resonar una cancion.

Sus cantares son distintos
de los cánticos vulgares:
cuentos son mas que cantares;
y la forma original
de sus giros y cadencias,
les delatan por hermanos
de los cantos africanos
de un país mas oriental.

De sus metros musicales
la dulce melancolía,
que su lenta melodía
se complace en prolongar,
recuerda á quien las ha oido
las cadencias familiares
de los árabes adoares
y de las tribus de Agár.

Ni en los vestidos bizarros
resaltó jamás de Aurora
desnudez provocadora,
ni libertad femenil;
los contornos de sus formas
mantienen siempre velados
los pliegues multiplicados
de su atavío gentil.

Pide y gana su sustento
con sus danzas y cantares,
pero nunca sus hogares
hombre alguno visitó;
la moneda aceptó siempre
del galan ó el generoso,
pero nunca sospechoso
papel ni oro recibió.

Tal vez escudero astuto,
tal vez hipócrita dueña
con carta, convite ó seña
la intentaron abordar:
mas con humos señoriles
y fiereza soberana,
despachóles la gitana
sin deseos de tornar.

Tal vez viejo disoluto,
ó audaz y rico mancebo
de sus gracias tras el cebo
embozado la siguió:
mas esquiva y ofendida
la bellísima gitana,
á las puertas de Triana
con desden le despidió.

En vano los mas galanes
mancebos mas seductores,
que los mas leves favores
preconizan de su amor,
de sus locas seducciones
en las redes la envolvieron;
en sus redes no cojieron
el mas mínimo favor.

Mas ¿qué virtud no fué nunca
por la malicia asaltada,
por la envidia maltratada
ó por la calumnia vil?
No falta quien su modestia
acuse de hipocresía,
y recele hechicería
en criatura tan gentil.

Dicen que su viejo padre,
de la tribu el mas anciano,
en las rayas de la mano
lo futuro sabe leer:
y tiene por sus egipcios
conjuros y sortilegios,
amistad y privilegios
con el mismo Lucifer.

Hay quien cree que la muchacha
no es un sér humano y vivo,
sino mágico atractivo
de diabólica ilusion,
á quien su autor el demonio
adornó con el encanto
de aquel baile y aquel canto
con que hechiza el corazon.

Hay quien dice, aunque lo dice
solamente en confianza,
que los pasos de su danza
se los pone Satanás,
y la escribe sus cantares
por la noche en la vidriera,
y de los vidrios le espera
la gitanilla detrás.

Hay quien dice que su padre
(á quien llama Adan el mago
maldiciente el vulgo vago
y su tribu *Maese Adán*)
tiene en su cuarto un espejo
trás cuya luna presentes
aparecen los que ausentes
y los que muertos están.

Fábulas del necio vulgo:
mas que en las almas vulgares
escrúpulos familiares
engendran de la aprehension;
hablillas que sordamente
con influencia traidora
fueron minando de Aurora
la buena reputacion.

Recelosa la justicia
la espió muy cautamente,
la acechó secretamente
la severa Inquisicion:
mas hallada su conducta
sin misterios y sin tacha,
salió libre la muchacha
de su rígida inspeccion.

Hoy repica libremente
por paseos y plazuelas
sus sonoras castañuelas
con placer universal,
y prosigue con sus gracias
la dichosa gitanilla,
siendo encanto de Sevilla
que las paga liberal.

Y cual sér privilegiado,
descuidada, libre, ufana,
vaga alegre la gitana
recorriendo la ciudad;
por su tríbu idolatrada,
por los nobles protegida,
sonriéndola una vida
de ventura y libertad.

Mas ¿qué bien hay en el mundo
que con mal no esté mezclado?
¿qué placer acibarado
nunca fué por la afliccion?
Tras el rostro mas sereno,
bajo el pecho mas tranquilo,
al pesar mas hondo asilo
dá tal vez el corazon.

II.

Aun dura en el horizonte
el fulgor del sol poniente:
del espacio de Occidente
en el cárdeno confin,
cual reflejo de un incendio,
temblorosa reverbera
la llamarada postrera
tras un velo de carmín.

Sin una nube en el viento,
de lúz y de calma llena,
es una tarde serena
del pintado mes de abril.
Vaga el áura perfumada
con los vírgenes olores
que dá á las tempranas flores
la primavera gentil.

A su vivífico soplo
reverdecen las praderas
y florecen las laderas
del fresco Guadalquivir:
hace el ruiseñor su nido
y empiezan las golondrinas
de las playas tunecinas
en bandadas á venir.

Es una tarde apacible,
de esas que en la Andalucía
ponen con el fin del dia
principio alegre al placer.
La luna llena, impidiendo
que el crépúsculo se espese,
hace que el dia no cese
sin dejarle anochecer.

En esta tarde suavísima
que abril de perfumes llena,
y en que ensaya Filomena
su primer himno de amor,
junto al Puente de Triana
la linda gitana Aurora
tiene al pueblo que la adora
apiñado en su redor.

Para oirla y verla atenta
abre círculo la gente:
en su centro gravemente
cuatro mancebos estan
y otras tantas gitanillas
que, de Aurora compañeras,
con los pitos y panderas
parejas y són la dán.

Sobre un tapíz africano
de abigarrados colores
se sientan los tañedores,
mozos de cetrina téz:
las mozas, maestras ágiles
de su danza tentadora,
ejecutan con Aurora
las mudanzas á la véz.

Sin duda porque la fiesta
por mozos no mas trabada
aparezca autorizada
por persona mas formal,
el viejo padre de Aurora
está del plato al cuidado,
centinela abizorado
de su honor y su caudál.

Y aquí ¡oh lector complaciente
paréceme muy del caso
que yo te presente al paso
al viejo *Maese Adan*,
personaje á quien su tribu
dá humilde el lugar primero,
y á quien puntas de hechicero
los murmuradores dán.

Maese Adan es un hombre
descaderado y zancudo,
pero mas suelto y forzudo
que aparenta su vejez;

tipo original, genuino,
fiel, de la raza gitana:
vieja encarnacion humana
de la astúcia y la dobléz.

Su edad, su patria y su orígen,
son como sus pensamientos,
como el mar, como los vientos,
imposibles de sondar:
unos dicen que anda en cálculos
infernales abismado,
otros que, algo trastornado,
está proximo á chochear.

su espresion tiene algo empero
de Satánico y maligno,
que él modifica benigno
con dudosa buena fé.

Solo un diabólico rasgo
hay en su fisonomía
que ni oculta ni varía
su siniestra intensidad:
su mirada, que fulgura
como el fuego de una hoguera;
por sus ojos se creyera
que se vé la eternidad.

Debe empero el viejo astuto
saber más que el mundo todo,
pues no tiene el mundo modo
de sondar su corazon,
ni la justicia poniéndole
en los mas oscuros casos,
ni contándole los pasos
la profunda Inquisicion.

En su cara, en la cual tiende
la lúz incopiable tinta,
ni el pensamiento se pinta
ni la intencion se prevé;

Si existe á fé tal fenómeno,
los que á estudiarle se aplican
supersticiosos no esplican
su luminosa virtud.
Diz que el tiempo, menos fuerte
que su sér salvaje y rudo,
de los ojos no le pudo
arrancar la juventud.

Ello es que, horrendo ó ridículo,
sin una espresion precisa
su rostro á veces dá risa
y otras infunde terror.

De su voluntad á veces
cualquier rapáz se hace dueño,
otras con solo su ceño
dá al mas valiente pavor.

Sin prueba alguna patente,
vagos rumores circulan
que al viejo Adan acumulan
hechos de infernal poder;
todos nombran los ausentes
con quienes han sucedido,
mas nunca con los presentes
hubieron de acontecer.

Es verdad que los chalanes
por su medio se procuran
los remedios con que curan
las bestias de su tragin.
¿Pero quién es el que ignora
que el albéitar mas maestro
no es para un gitano diestro
mas que un pobre galopin?

Es verdad que en muchos casos
de fracturas y de heridas,
con cuatro yerbas cocidas
dió al paciente la salud;
¿mas quién de ellos no conoce
para un caso necesario
como el mejor herbolario
de las yerbas la virtud?

Su tribu á su edad y ciencia
rinde sumisa tributo,
y es juez árbitro, absoluto,
de la gitanesca grey;
legisla, absuelve y condena,
juez á un tiempo y patriarca;
su poder todo lo abarca,
y él es en Triana rey.

Sus palabras son las leyes
en Triana obedecidas:
sus recetas son tenidas
en muy grande estimacion:
hecho empero de su raza
á la nómade existencia,
vive casi en la indigencia
aunque rey de su nacion.

Y hombre que yá en puesto alguno
ni se envanece ni asombra,
ama el silencio y la sombra
y busca la soledad;
y disgustado, insensible
para cuanto no es Aurora,
solo su amor atesora
de su alma en la frialdad.

Solo con ella risueño,
solo con ella espresivo,
tal vez solo está ya vivo
para ella su corazon;
y dijeran que su espíritu,
que á otro mundo pertenece,
solo en este permanece
porque ella está en su region.

Por eso, á pesar del tiempo
que su viejo cuerpo encorva,
su larga edad no le estorba
para seguirla doquier,
ó para dar con sus canas
decoro á su humilde estado,
ó por velar avisado
el honor de la muger.

Tal es el rey de Triana,
tal es el padre de Aurora;
y si hay quien desee ahora
con los nombres que le dan
saber por qué le apellidan,
le responderé en conciencia
que *Macse* por su ciencia,
y por sus años *Adan*.

Tal es ¡oh lector benévolo!
Maese Adan el gitano,
el cual teniendo en la mano
el plato en que echando van
los dineros que recojen,
está en el tapiz sentado
presidiendo aquel estrado
con gravísimo ademan.

Mas hé aquí á Aurora que un punto
despues de tomar aliento,
con paso garboso y lento
el círculo recorrió
y, contemplando la gente
entre alhagüeña y arisca,
en una gúzla morisca
á preludiar empezó.

Con aquel lento paseo
y aquel prelúdio anunciaba
que en un momento se hallaba
de oportuna inspiracion,
y que iba á dar á los vientos
una de esas cantinelas
que hacen fluir á las venas
la sangre del corazon.

Paróse luego en el centro,
y sonriéndose Aurora
dijo con su voz sonora
de fresco y plateado son:
«*Voy á tener la fortuna*
»*de entonar á sus mercedes*
»*una cántiga moruna*
»*aborto de mi invencion.*»

A cuyo anuncio, ganosa
de oirla, lijeramente
agitándose la gente
un poco el cerco estrechó;

y aprovechando el momento
en que revuelta se apila,
hasta la primera fila
un militar penetró.

Un mancebo hermoso y pálido
en sus veintisiete abriles,
gentil entre los gentiles,
y de porte varonil.
Los ojos en su semblante
fijó la gitana hermosa,
y un punto la téz de rosa
se la tornó de marfil.

Repuesta empero al instante,
y acaso mas animada
con la vista inesperada
del misterioso galan,
entonó, el rostro volviendo
al resplandor de la luna,
esta cántiga moruna
escuchada con afán.

CANCION MORISCA.

MOTE.

Yo soy Aurora—la gitanilla
A quien adora—toda Sevilla;
Yo, con mi oculta—ciencia gitana,
Soy pájaro en Sevilla,
Flor en Triana.

ESTROFA PRIMERA.

Nadie conoce de mi existencia
Ser ni principio, forma ni esencia;
Floto en el aura cual los vapores,
Duermo en capullo como las flores;
Tengo invisibles dos alas bellas
Y á ver los astros subo con ellas;
Muger y ave, vapor y hada,
yo lo soy todo, yo no soy nada:
¿Mas cómo en todo y en nada existo?
Nadie lo sabe, nadie lo ha visto.

Por su parte mas ancha
Cruzo el vacío,
Y sin puente ni lancha
Traspongo el rio;
Porque yo juego
Con la tierra y el aire,
La agua y el fuego.

¿Quien es Aurora?—Nadie lo sabe.
Yo de mí sola—tengo la llave.
Soy maravilla—con forma humana,
Soy pájaro en Sevilla,
Flor en Triana.

ESTROFA SEGUNDA.

Nací entre juncias en Alfarache,
Donde una loba fué mi nodriza;
Cual su lustrosa piel de azabache
Peino una trenza sedosa y riza.
Yo aprendí en medio de aquellas lomas
La habla trinada de los gilgueros,
Y la habla amante de las palomas,
De las abejas y los corderos.
¿Hay gracia alguna que en mí no quepa?
¿Hay cosa alguna que yo no sepa?

Guardarme su secreto
No puede un alma;
Tengo al mundo sujeto
Bajo mi palma;
Y ante mis ojos
Se me arrodilla esclavo
De mis antojos.

¿Quien es Aurora?—Nadie lo sabe;
Yo de mí sola—tengo la llave;
Soy maravilla—con forma humana;
Soy pájaro en Sevilla,
Flor en Triana.

ESTROFA TERCERA.

Mis ojos tienen en mi alegría
La luz del cielo de Andalucía;
Mis ojos radian en mi coraje
De los del lobo la luz salvaje.
Mi voz es dulce como el son lento
Con que en las palmas susurra el viento;
Ronco es mi ahullido de ira ó de queja,
Como el graznido de la corneja.
De tan estraños dotes señora,
¿Quién no me teme? ¿quién no me adora?

Mi madre fué hechicera,
Mi padre mago;
De su ciencia heredera
Prodigios hago.
Dadme las palmas
Y os diré los secretos
De vuestras almas.

Yo soy Aurora—de quien se sabe
Que de las almas—tiene la llave.
Yo, maravilla con forma humana,
Soy pájaro en Sevilla,
Flor en Triana.

ESTROFA CUARTA.

De todos dicen que soy querida,
Todos me dicen que soy hermosa;
Mas un misterio guarda mi vida:
De quien le esplique seré la esposa.
Bravo hidalgos, mozos gentiles,

¿Quién quiere el alma de una gitana
Dentro de un cuerpo de veinte abriles,
Que es absoluta reina en Triana?
¿No hay quien se prende de mi persona?
¿Quién me da su alma por mi corona?

Un alma solicito
Para un conjuro;
Un pecho necesito
Firme y seguro.
Busco y no encuentro
Un corazon que pueda
llevarme dentro.

¿Mas qué es Aurora sin quien la quiera?
Falso arco iris de primavera;
Mariposilla ciega y liviana,
Que se quema en Sevilla
Y arde en Triana.

MOTE.

¡Desdichadilla—de la gitana!
Mariposilla—ciega y liviana,
Que hoy maravilla—polvo mañana,
Será nada en Sevilla,
Nada en Triana.

Cesó de cantar Aurora,
rompió en aplausos la gente,
estremeciendo el ambiente
de las palmadas el són:
conviniendo en que hasta ahora
jamás produjo Triana
ni mas hermosa gitana,
ni mas hermosa cancion.

Por eso, asiendo el platillo
con la mas encantadora
sonrisa, comenzó Aurora
á pasarle en derredor,
y empezó entre aclamaciones
á recojer su belleza
de cada mano una pieza,
de cada boca una flor.

Llegó al lugar en que mudo
el recien llegado mozo,
mal velada en el embozo
su descolorida fáz,
á que á él llegase esperaba,
y al presentarle el platillo,
la dejó en él un anillo
y despareció fugaz.

Quedó la muchacha un punto
hasta las pestañas roja,
dudando si le recoja
ó lo arroje con desden,
cuando una mano adornada
de encaje con un vuelillo,
puso una onza en el platillo
y despareció tambien.

Esta fué empero á esconderse
bajo una capa de grana,
sobre la cual la gitana
su mano airada posó;
mas el semblante mostrando
el que en la capa se emboza,
un paso hácia atrás la moza
y un grito de espanto dió.

Remolinóse la gente
y acudió su padre al punto:
pero todo ello fué asunto
de instantánea rapidez,
y ver no pudo el curioso
sinó que en aquel instante
cubre de Aurora el semblante
una mortal palidez.

Mas una de esas miradas
que del vulgo los antojos
atribuyen á los ojos
del viejo Maese Adan,
inundándola un momento
con llama fosforecente,
disipó instantáneamente
su palidez y su afan.

Volvió á colorar la púrpura
sus mejillas virginales,
y en sus labios de corales
la sonrisa á aparecer,
y con el platillo dando
fin del círculo á la rueda,
le volvió con la moneda
sobre el tapiz á poner.

Guardóle el viejo, y tornándose
«muy buenas noches, señores,»
dijo á los admiradores
que aun en torno suyo estan:
respondiéronle unos cuantos,
«buenas las tenga Maese»,
y, el tapiz alzando, fuese
con los suyos Maese Adan.

Siguiéronles con la vista
los curiosos un momento,
hasta que con paso lento
cruzaron el arenal:
y cuando al puente de barcas
llegados yá, les perdieron,
saludáronse y partieron
á su quehacer cada cual.

Y hé aquí que, al tomar el puente
para meterse en Triana
con su cuadrilla gitana
el viejo Maese Adan,
vió al pié de los malecones
en la baranda apoyados,
dos sombríos embozados
que de centinela estan:

El uno enfrente del otro,
dan la espalda á la corriente
y tienen tomado el puente
de consuno al parecer:
mas el uno al otro estraños,
tal vez esperando á alguno,
ocúpase cada uno
á los que pasan en ver.

El de la derecha muestra
aires de soldado y mozo,
y por cima del embozo
los bigotes se le ven.
Del otro nada se acecha;
pues, á no dudar, se afana
bajo una capa de grana
en desfigurarse bien.

Mas sin duda á nuestros mozos
no esperan: porque serenos
les contemplaron ajenos
de la menor intencion,
ni de salirles al paso,
ni de hacerles el saludo
mas lacónico ó mas mudo
siquiera por atencion.

Pasó por en medio de ellos
Maese Adan con su gente,
y en Triana, allende el puente
la sombra les ocultó.
El mozo entonces, tomando
del rio la opuesta orilla,
metióse en una barquilla
y al agua se abandonó.

El de la capa de grana
permaneció sobre el puente
mirándole atentamente
bajar el Guadalquivir;
y, al perderle, hácia Sevilla
alejándose del rio
comenzó lento y sombrío
sus pasos á dirigir.

CAPITULO CUARTO.

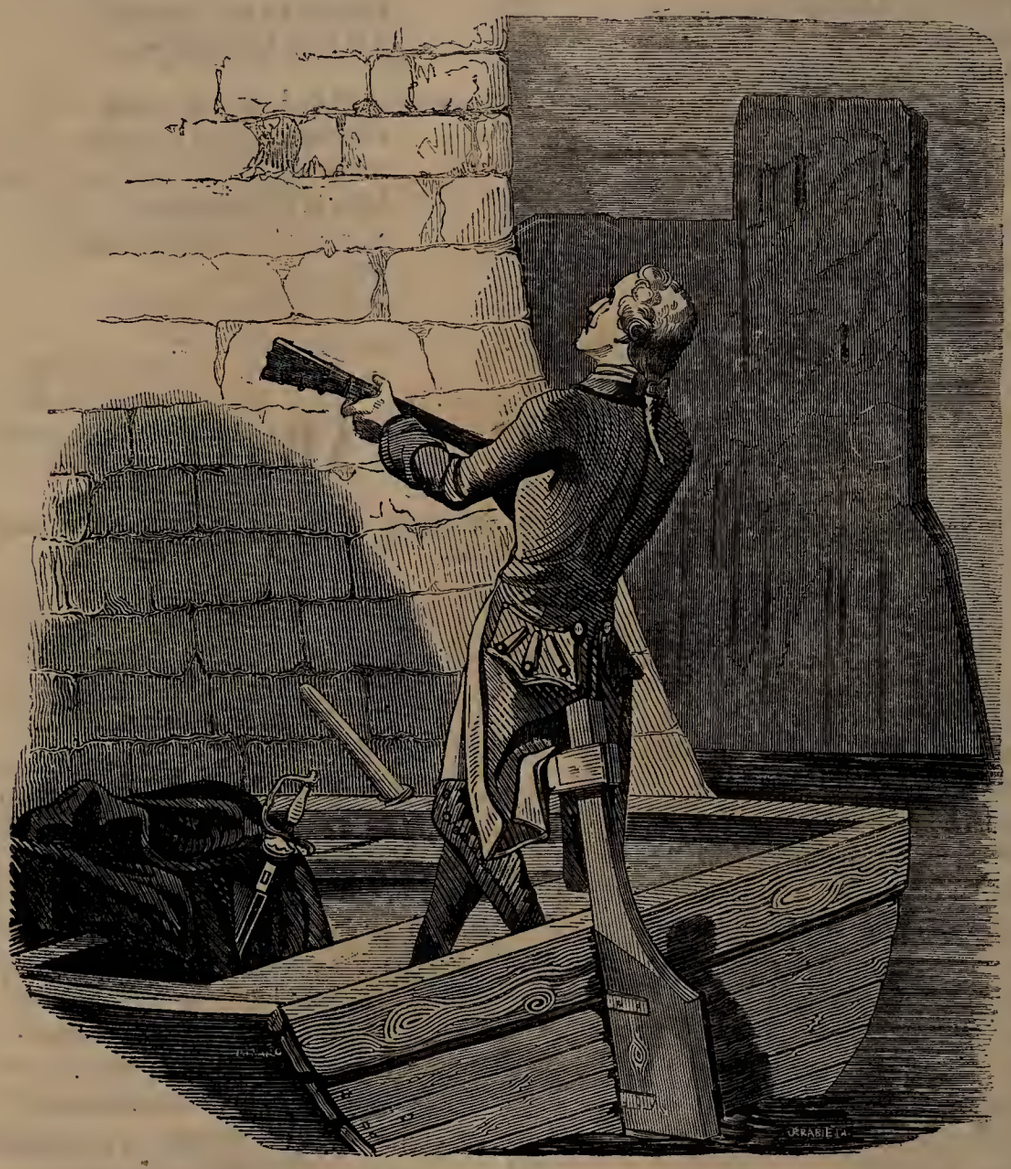
DE CÓMO, POR ARTE DEL DIABLO, UNA MUGER TIENE QUE ABRIR LA PUERTA AL HOMBRE POR QUIEN ABRIÓ LA VENTANA.

I.

Ya toca en la mitad de su carrera
la noche de aquel dia en cuya tarde
con su voz y su gúzla llenó Aurora
de melodiosa música los aires.
Nó hay en la limpia atmósfera una nube:
la luna, en el cenit señoreándose,
entre el vapor azul del áura diáfana
vierte su lúz por montes y por valles.
Es una noche de esas que aparecen
en los climas no mas meridionales,
en las que trás el disco de la luna
del supremo hacedor se vé el semblante
y su poder adoran y bendicen
en calma universal y en su lenguaje
misterioso, los átomos vivientes
que componen el mundo inmensurable.
De esas noches que brillan solamente
en las costas de España, Grecia y Nápoles,
que aroma con el ámbar del deleite
un misterioso encanto inesplicable.
Noches cuya benéfica influencia
penetra hasta en el fondo de las cárceles,
en alas de su ambiente perfumado
y de sus astros en la lúz radiante.
En las que el mal se aplaca del enfermo,
se adormecen del triste los pesares,
y halla el desesperado una esperanza
que brilla en las tinieblas de sus males.
Noches pobladas de delirios vagos,
en las que su existencia miserable
olvidan el esclavo y el mendigo,
de su pasado bien con las imágenes,
y en las cuales en dulce arrobamiento
fabricando castillos en el aire
en pereza febril delira el hombre,
su porvenir incógnito dorándose.
De esas noches espléndidas, alegres,
cuyo sueño interrumpen agradables
el son de las nocturnas serenatas,
y la animada música del baile.
Una de esas veladas de domingo
que emplea el artesano en las ciudades
en festejar contento sus amores,
del porvenir incierto sin curarse:
noche solemne, majestuosa, espléndida,
en la cual, de los fúlgidos fanales
que tachonan el límpio firmamento
al resplandor vivífico, elevándose
de la contemplacion sobre las alas,
concibe el hombre pensador y grave
todo el placer que en su existencia puso
la mano del altísimo al crearle.
Mas ¡ay! que todo en ella está mezclado:
contra ella velan, en su mal tenaces,
enemigos que tornan pestilentes
sus balsámicas áuras saludables.
Estas noches preñadas de delicias
tambien del hombre el corazon combaten,

y en lugar de la calma del delíquio,
la exaltacion del vértigo le traen.
Germina en esas noches la funesta
fiebre del corazon, mal incurable
que con lenta y mortal melancolía
roe en silencio su existencia frágil.
Fiebre, que los sentidos disponiendo
y el corazon á los deleites, hace
que se harten y no gocen los sentidos
y el corazon se hastíe y no se sácie.

mientras que todo en el reposo yace,
de ambas riberas del sonoro rio
por la estension de las floridas márgenes,
una ligera lancha que atracaba
por bajo de San Telmo, en los rosales
silvestres que las orlan encontrando
cómodo abrigo ó escondite fácil,
apareció impulsada por dos remos
que mueven con vigor dos brazos ágiles,
y comenzó, á favor de la marea,



Fiebre de los quiméricos amores,
fiebre de los instintos criminales,
que inspira á los fogosos corazones
altas empresas y delitos grandes.
Fiebre que les hechiza y enamora
con lo maravilloso y lo admirable,
y van trás lo fantástico, y anhelan
lo imposible tal vez de realizarse.
Noches en que los santos, los fanáticos,
los pöetas, los héroes, los amantes,
la gran resolucion acometieron
que á fin condujo sus ardientes planes.

En la mitad de noche tan poética,

por el Guadalquivir á remontarse.
Si el que emprende esta lancha á tales horas
es misterioso y necesario viaje
ó caprichoso y plácido paseo,
los que la montan nada más lo saben.
Dos hombres son; aquel que la conduce
es un robusto remador que la hace
volar sobre las aguas, y que muestra
su profesion en su destreza y traje.
Es el otro un incógnito embozado,
de quien no dejan ver faz ni talante
los revueltos dobleces de la capa
en que pretende acaso recatarles.
Brilla á su lado el cincelado pomo

de un toledano acero, que del talle
ó por comodidad se ha desceñido,
ó por no ser empresa en que ha de usarle
á la que va: en el banco se percibe
un veneciano bandolin, de mástil
largo, de caja oval y dobles cuerdas
que remedan del arpa el són süave.
De estos dos instrumentos á la vista,
no puede en realidad adivinarse
quién sea el embozado á quien acusan
el apagado són de los cantares,
que, desvelada, la oriental Sevilla
alegre entona en sus morunas calles.
Tal vez al són de sus lejanos ecos
con perdido piar responde el ave,
que el eco estraña que su sueño turba,
mas que viene pacífico á alhagarle.
Tal vez al ruido de los anchos remos
en árbol mas lejano va á posarse,
ante la aparicion amedrentada

por familiar de tan distintas artes;
aunque en verdad en el país y el tiempo
en que pasa la accion de mi romance,
para el nocturno bandolin la espada
fué siempre compañera indispensable.
Quien quier que fuere, empero, ni el embozo
del rostro aparta, ni los labios abre,
y rio arriba conducir se deja
por quien sin duda conducirle sabe.
Ambos así callados, como sombras
vogando continúan y alejándose
de la Torre del Oro, cruzan rápidos
de los desiertos muelles por delante.
Llega hasta sus oidos en las áuras
de la fugaz y misteriosa nave.
Esta, entre tanto silenciosa sigue
por la corriente turbia remontándose
hasta donde las huertas y edificios
al agua obligan á estrechar su cáuce.
Aquí del rio abandonando el centro
que ilumina la luna, y amparándose
del ceñidor opaco que en las ondas
proyectan los sombríos arrabales,
en la orilla tocó: saltó el barquero
en tierra: el embozado dijo: «aguárdame»;
y arrojando la capa y á los remos
mano echando á su vez, siguió alejándose.
Solo ya conservando cuidadoso

la sombra de las casas y los árboles,
pasó como un relámpago ante el barrio
de Triana rasando en los pilares
de su macizo muro, cruzó el puente,
y, á favor de las sombras tutelares,
detuvo su fantástica carrera
de una ventana al pié, que al rio cae.
Una ventana arábiga que entolda
con su verde y balsámico ramaje
un pié de capuchinas que, en un tiesto
asegurado por defuera, nace.
Un *agimez* morisco, cuyos ojos
cierran con sus calados orientales
las hojas de una espesa celosía,
del interior recóndito guardianes.
Única, solitaria, esta ventana
del pardo muro en la estension se abre,
libre de observadores indiscretos,
libre de vecindad desagradable.
Ventana misteriosa, cuyo objeto,
cuya correspondencia, del alcance
de la sutil curiosidad escapa,
y del dominio del supuesto sale.
Ventana abierta en el macizo muro,
el cual teniendo en el pretil remate
á ningun edificio pertenece
al parecer para hombres habitable.
Mas ventana gentil, linda, coqueta,
tocada con el cándido follaje
de la guirnalda fresca de sus flores,
que orla movible sus contornos árabes.
Ventana á cuyo hueco perfumado
solo una linda faz puede asomarse,
do solamente aposentarse puede
un silfo triste que las ondas ame,
que, en las tinieblas de la noche, en ellas
su cuerpo puro y trasparente bañe,
y que al rumor de su cristal parlero
su amor inútil á las ondas cante.
Algun hada tal vez, alguna ondina,
víctima de un amor irrealizable,
para velar al sér á quien adora
habitacion allí vino á labrarse:
Un serafin del cielo desterrado,
un infernal espíritu... ¿quién sabe?
algo tan solo que mortal no sea
tras de aquel ajimez debe encerrarse.

Bajo él la barca misteriosa vino
á atracar en la sombra, en los sillares
del muro asegurando el caballero
un arpon que á su pié la sujetase.
Esperó un punto inmóvil y, en su torno
todo hallándolo en calma, levantándose,
asió con natural desembarazo
su bandolin y comenzó á templarle.
Alzó la vista al ajimez, y viendo
que á él no acude á su preludio nadie,
para que á la ventana se la lleve
esta dulce cancion confió al aire.

SERENATA MORISCA.

MOTE.

Búcaro fresco—lleno de flores,
Jarron chinesco—lleno de aromas,
Fuente escondida—de ruiseñores,
Sombra querida—de las palomas,
Idolo casto—de mis amores,
Si oyes mis quejas,
¿Por quién me dejas
Que no te asomas?

ESTROFA PRIMERA.

De todos sabes que eres querida,
Por todos sabes que eres hermosa;
Cual tú un misterio tengo en mi vida,
Que saber debe solo mi esposa.
El pecho firme que solicitas,
El alma entera de tu alma hermana,
El ser amante que solicitas,
Yo te los traigo, garza gitana.
Sin bien, sin nombre, con fé y espada,
Yo lo soy todo, yo no soy nada.
Azucena es mi madre
Del Paräiso:
Réprobo fué mi padre
Que Dios no quiso.
Yo fuí engendrado
Por el amor de un ángel
Y un condenado.

El mundo entero quien soy ignora;
Yo soy el alma que á tí te adora;
Yo maravilla—con faz humana,
Soy tu sombra en Sevilla,
Tu alma en Triana.

ESTROFA SEGUNDA.

Yo, de mi estirpe miembro postizo,
Nací en el odio de quien me hizo:
Tronco sin ramas, sin deudos hombre,
No tengo raza, ni hogar, ni nombre,
Ni soy villano, ni caballero,
Ni nada tengo, ni nada espero:
Solo á tí amo: tú eres mi suerte:
En tí se cifran mi vida y muerte.
¿Quién soy, Aurora? Nadie lo sabe.
Réprobo ó ángel, todo en mí cabe.
De la luz que reflejas
Soy mariposa,
De la miel que en pos dejas
Abeja ansiosa:
Es tan profundo
Mi amor, que sin tí encuentro
Vacío el mundo.

Viviente enigma yo soy, Aurora,
La alma que buscas, la que te adora
Yo, á quien humilla—pasion tirana,

Soy tu sombra en Sevilla,
Tu alma en Triana.

ESTROFA TERCERA.

Esclavo ciego de tus antojos,
Cuanto tú no eres tengo en olvido,
Cuanto tú no eres me causa enojos;
Y no sé cómo sin tí he vivido.
Dios puso en ambos la misma esencia;
Tu alma se alberga de mi alma dentro,
Y ambos con una sola existencia
Tu alma á la mia guarda en su centro.
¿Quién soy, Aurora? Nadie lo sabe,
Mas si me amas, todo en mí cabe.
Como tú busco un alma
Firme y segura,
Como la mia en calma,
Como ella oscura.
Un alma fiera
Que cual yo, al universo
su amor prefiera.

Si ese alma tienes, que mi alma ansía,
Dame tu alma, toma la mia;
Y maravilla—de dicha humana,
Tendré un alma en Sevilla
Y otra en Triana.

MOTE.

Búcaro fresco—lleno de flores,
Jarron chinesco—lleno de aromas,
Fuente escondida—de ruiseñores,
Sombra querida—de las palomas,
Ídolo casto de mis amores,
Si oyes mis quejas,
¿Por quién me dejas
Que no te asomas?

II.

Espiró del mancebo enamorado
el armonioso cántico, y el viento
no habia aún el eco devorado
de su postrer acento,
cuando se abrió la arábiga ventana
y apareciósе en medio de las flores
la reina de Triana,
la flor de los amores
del misterioso rondador, Aurora:
que el sér amante que escondido mora
en aquel agimez es la gitana.
Tendió el mozo los brazos hácia ella
diciendola: «¡alma mia!»
mas ella con acento de agonía
dijo, una mano temblorosa y bella
tendiendo al que su acento dirigia:
huye ¡infeliz! te trae tu mala estrella.

EL CABALLERO. ¿Que huya me dices é infeliz me llamas,
cuando yo por tu amor todo lo dejo?
¿Que es esto?

AURORA. Huye de mí: te lo aconsejo.

EL CAB. ¿Tal consejo me das? ¡ay! no me amas.

AUR. Porque te amo, infeliz, de tí me alejo.
Oye, mi solo bien, mi único amigo,
es la primera vez que te lo digo
porque será la última: te adoro:
tu amor, lo juro, morirá conmigo,
Félix: y á Dios imploro
que si perjura soy me dé castigo.
Mas es forzoso que de mí te alejes,
y que de mí te olvides.
Huye, Félix: te ruego que me dejes.

EL CAB. ¿Sabes lo que me pides?
¿Sabes que he conservado mi existencia,
que arrastré sus afanes y mis duelos
solo porque esperaba que los cielos
me dejáran volver á tu presencia?
¿Sabes que te amo, en fin, que en mi amor loco
honor, patria, conciencia,
todo lo tengo sin tu amor en poco,
y que al oirte hablar, con los recelos
de que tu amor me roban, en mi esencia
se derrama el veneno de los celos,
y que al partir con ellos en el alma
será la muerte para mí la ausencia?

AUR. Óyeme, Félix, tu delirio calma.

EL CAB. No: no te canses, pérfida, en probarme
con reflexiones frias
lo poco que te cuesta el olvidarme,
lo que cambió tu amor en pocos dias,
que jamás ¡ay de mí! pudiste amarme,
y que, al jurarlo desleal, mentias.
Yo, en el dolor profundo
de esta mi triste y misteriosa vida
para mi corazon aborrecida,
otro bien no tenia en este mundo,
otra esperanza más, otra ventura,
que el escondido bien de tu cariño.
Mas reconozco ahora mi locura:
veo que fuí engañado como un niño.

AUR. ¿Y si el cariño, Félix, que ambicionas,
si ese cariño de que audaz blasonas,
fuera indigno de tí?

EL CAB. ¿Por qué?

AUR. Tú eres
un mancebo leal, noble, sin tacha,
y yo soy...

EL CAB. La mejor de las mugeres,
si me amas.

AUR. Ni soy noble ni soy rica:
mi raza es vil, infame, deshonrada.

EL CAB. Amor es Dios, Aurora,
y todo el Dios amor lo santifica.
¿Qué soy yo mismo, dime, que á esta hora
todo lo abandoné? No tengo nada
mas que el amor que en mi alma se atesora.
Tierras hay en que vivas ignorada
y feliz con el hombre que te adora.
Mas ¿callas?... ¿no respondes? ¡ay! sin duda

un nuevo amor... acaso la riqueza,
la vanidad ó la ambicion te muda.
AUR. ¡Miserable de tí, si crees que el oro
ni la opulencia y vanidad mundana
pueden mudar mi alma! No hay tesoro
que compre en su humildad y su pobreza
la fé del corazon de una gitana.
EL CAB. Esplica, pues, de tu conducta oscura
las razones, y parto y me someto.
AUR. No puedo: es un secreto.
EL CAB. No, Aurora: es un pretesto, una impostura.
AUR. Un secreto fatal, en cuyas letras
escrita encontrarás tu desventura,
si por tu mal un dia le penetras.
EL CAB. Mas un secreto que á partir me acosa,
secreto para tí de dulce arcano
que sin duda sin mí te hará dichosa.
AUR. No, que sin tí me sume en la amargura.
EL CAB. Pero que tú de mí guardas gustosa.
AUR. ¡Félix!
EL CAB. ¡Muger al fin falsa y perjura
como todas! mas oye: en vano esperas
libertarte de mí: será preciso
que me quites la vida: te lo aviso:
de hoy mas, vayas Aurora donde quieras,
te seguiré; en la calle y en el templo,
lo mismo en la ciudad que en despoblado
me hallarás á tu lado,
como Macías, de constancia ejemplo,
como la aparicion de tu conciencia,
como el espectro mudo de los celos,
hasta que plegue á los piadosos cielos
acabar á tus piés con mi existencia.
AUR. Caiga, pues, sobre tí la culpa toda.
Con que mis lábios abra,
con solo que oigas mi primer palabra
sé que huirás de mí: que eternamente
maldecirás mi amor; que mi memoria
odiosa te será perpétuamente,
y á verme nunca volverás: mas quiero
que al recordar mi desdichada historia
sepas que, al revelártela, prefiero
débil perderte á pérfida engañarte;
porque te amo, y para mí es primero,
Félix, tu estimacion que el mundo entero,
y nunca, nunca dejaré de amarte.
EL CAB. Habla: me haces temblar; por vida mia
habla y concluye de una vez, Aurora.
AUR. No aquí, Félix, ni ahora.
Toma: con esa llave
un postigo abrirás que hay en el huerto
de mi casa contíguo: está desierto:
nadie en la vecindad que se usa sabe,
porque jamás de dia ha sido abierto.
Toma: veo una lancha que se acerca;
cuando la luna de ocultarse acabe
yo del huerto estaré dentro la cerca.
¡Huye, Félix! Tal vez te han espiado.
EL CAB. ¿Y á quién importa nuestro amor?
AUR. ¿Quién sabe?
¿No ves aquel lanchon que lentamente
se ha venido acercando hácia esta orilla,
mientras hemos la plática alargado?
EL CAB. Pescadores tal vez.
AUR. Otra es la gente
que la tripula: no, son de Sevilla.
Los que pescan, jamás pasan del puente,
ni atracan á la sombra de Triana
porque temen la mágica influencia
de la raza gitana.
EL CAB. ¡Tienes razon á fé! Rasando el muro
se vienen poco á poco deslizando,
y creo que me acechan en lo oscuro.
AUR. ¡Huye, por Dios, y ten! Y así diciendo
echó Aurora la llave en la barquilla.
Quitó el arpon que la sujeta el mozo
galan, y haciendo remos de repente
se alejó en un momento de la orilla.
Entonces sin rebozo,
de aquel lanchon la recatada gente
partió á fuerza de remos
lanzándose tras él abiertamente.
Hizo el mancebo de vigor estremos
maravillosos, y surcó las olas
como un ave marina: mas no puede
luchar con tantas con sus manos solas,
y por momentos al cansancio cede.
Ocho robustos brazos acrecientan
la rapidez de la enemiga lancha,
y la distancia va, segun la aumentan,
siendo entre los dos botes menos ancha.
Buscó el galan con rápida mirada,
de la intencion de sus contrarios cierto,
donde poder hallar amparo ó puerto
en esta situacion desesperada;
mas todo en derredor lo halló desierto,
y la lancha á abordarle preparada:
nadie valerle, aun á querer, podia.
La luna, que dejando descendia
en pos de sí las sombras por do quiera,
la sombra por las aguas estendia
hasta la otra ribera;
y al ojo mas sagaz imposible era
ver lo que sobre el agua sucedia.
Soltó entonces el remo y metió mano
á la espada con brío; mas apenas
pudo esgrimirla: su valor fué vano.
Harpones de virar, armas ajenas
de hidalgos por do quier le acometieron
y mientras que por alto le amagaron
las unas, otras de los piés le asieron
con los ferrados ganchos, y falseado
su equilibrio con él de espalda dieron.
En la barca saltaron,
en una red traidores le envolvieron
que por las cuatro puntas anudaron,
y en el fondo del líquido elemento
inerme sin piedad le sepultaron,
obra siendo tal crímen de un momento.
Del cuerpo del mancebo al golpe rudo

partió de la ventana
un ¡ay! desgarrador, íntimo, agudo.
Un hombre que en la lancha presenciado
todo lo habia inmóvil, torvo y mudo
en una capa de flotante grana
hasta los mismos ojos embozado,
tomó con ademan sombrío y grave
la abandonada llave
que dió al galan Aurora;
y volviendo á los suyos dijo: «ahora
desplegad vuestras fuerzas y volemos.»
A impulso de ocho brazos vigorosos
cayeron á la vez los ocho remos
al agua, y á favor de la corriente
aquellos asesinos silenciosos
deslizaron veloz por bajo el puente
la voladora barca,
que dasaparceió rápidamente,
sin dejar sobre el agua trasparente
del paso huella, ni del crímen marca.
Entonces, por las aguas repulsado,
surgió á la superficie del mancebo
el cuerpo agarrotado,
y á la merced del agua abandonado.
Surgia y sumergíase de nuevo.
Su barca, que vacia
no lejos de él flotaba entre el balumbo
de la marea inquieta que subia,
giraba sobre sí y se revolvia
sin cejar ni avanzar, fuera de rumbo.
Una voz de muger desesperada
imploraba socorro desde el muro;
mas la voz por el viento devorada
iba por la region del aire puro
á espirar en la orilla abandonada.
Y hé aquí que de repente,
tal vez por estos gritos mugeriles
atraido, asomóse á los pretiles
un hombre: el cuerpo vió, y al punto mismo
á las aguas lanzándose valiente
se sumergió en su abismo.
Robusto buzo empero
y vigoroso nadador, gran pieza
bajo del agua recorrió y, certero,
fué á alzar junto á la barca la cabeza.
La asió con mano firme, la detuvo
y sobre entrambos brazos con destreza
elevándose, de ella apoderóse;
y cuando dentro estuvo
hácia el flotante cuerpo dirigióse.
Era Maese Adan: dos puntos rojos,
que como dos carbunclos en la hondura
se veian brillar, eran sus ojos.
Era en verdad estraña criatura,
y eran verdad del vulgo los antojos;
en las tinieblas su mirar fulgura.
Llegó al mancebo y hácia sí le atrajo
y logró, de las aguas retirándole
sin esfuerzo á la vista ni trabajo,
de pechos sobre el borde asegurándole
con auxilio de un remo vuelta dándole,
arrojarlo en la barca boca abajo.
Remó en seguida, y rápido pasando
por bajo de la arábiga ventana,
á un cargadero el rumbo enderezando
ganó la orilla y atracó en Triana.
Y en los hombros cargándose con brio
al asfixiado inerme caballero,
del muelle al escalon saltó ligero,
dejó la barca á la merced del rio,
y se hundió tras el ángulo primero
de un callejon del arrabal sombrío.

III.

Derramóse la sombra de improviso
sobre el haz de la tierra, al ocultarse
la luna por detrás del horizonte,
y fué todo tinieblas un instante.
Poco á poco las pálidas estrellas
fueron esplendorosas destacándose
sobre el velo turquí del firmamento
estendido entre Dios y los mortales.
Cuando al fulgor escaso de los astros
comenzaron al fin á señalarse
los objetos, logrando distinguirse
el que se mueve del que inmóvil yace,
la tápia desigual de un huertecillo
siguiendo silencioso y una calle
tortuosa de Triana, un bulto móvil
empezó entre la sombra á dibujarse.
Poco á poco su forma verdadera,
en contornos exactos revelándose,
cual es mostróse: un hombre que cargado
marcha con otro, al parecer cadáver.
El vivo, cuyos pasos no se sienten
y de quien las tinieblas el semblante
velan, va lentamente del terreno
donde fija los pies asegurándose.
Y acaso la ilusion de las tinieblas
ó la aprension tal vez del miedo lo hacen,
mas parece que un cárdeno reflejo
brilla movible de sus piés delante.
Dijeran que en el sitio do su rayo
visual se quiebra, ó que las piedras arden
ó la luz de sus ojos reverbera
cual si un foco en sus niñas se encerrase.
Ello es que á la verdad este reflejo,
que ó va con él ó de sus ojos sale,
su misterioso bulto esclareciendo
sobre él la vista con asombro atrae.
Y si un vecino de su casa fuera
llegara en las tinieblas á encontrarle,
de él se esquivara de pavor transido
por temerosa aparicion tomándole.
Él, en la densa oscuridad fiado
ó de ser descubierto no curándose,
llegando ante un postigo, en su cerraja
con tino singular metió la llave,
Su muelle rechinó con són tan triste

como si de sus huecos en la cárcel
habitara algun sér á quien sus guardas,
al girar dentro de ellos, torturasen.
Atravesó el umbral, dejó la puerta
por su maciza gravedad cerrarse,
cruzó sin deponer su horrible carga
un huertillo sin labor, salvaje.
Do quier en él parásitos crecian
el hinojo, la rubia y los zarzales,
en medio de una yerba verdinegra
de indefinible olor, bravío y acre.
Al afirmar sus plantas aquel hombre
sobre el loco infructífero follaje
que en el inculto suelo vejetaba,
cual si tuvieran voz para quejarse,
de sus ramas y troncos parecia
que al quebrantarlos él salian ayes,
y un resplandor fosfórico quedaba
encima de sus huellas un instante.
El jaramago inútil y el vil hongo,
á su contacto esquivos, apartándose
doblegaban sus troncos mohecidos
para que con su pié no los tocase.
¡Quimérica ilusion! su movimiento
causó sin duda revoltoso el aire,
que al cerrarse con ímpetu el postigo,
formó una onda, y agitó el ramaje.
Llegado ante un porton que sobre el huerto
en la alta casa que rodea se abre,
llamó el cargado, abrióse, y en su quicio
de una muger apareció el semblante.
«¿Vive?»—con ansia preguntó en voz baja.
—«¡Bah! ¿pues no ha de vivir? En cuanto largue
el agua que ha tragado, dijo el hombre,
quedará como nuevo; mas apártate,
y déjame pasar, porque á fé mia
que pesa y tengo ganas de soltarle.»
Se apartó la muger, entró el cargado,
y el porton detrás de él volvió á cerrarse.
Ahora, lector, reparo que no he escrito
de mi nocturna accion los personajes.
La muger es Aurora, es el traido
don Félix, y es Adan el que le trae.
Mas perdona, lector, no te los nombro
porque á suplirles tu saber no baste,
sino porque yo sé que te los debo
y nada quiero que por mí te falte.

CAPITULO QUINTO.

I.

Secretos hay que de la ciencia cabe
rasgar el velo al pertinaz empeño;
mas existen misterios cuya llave
Dios nada más posée, del mundo dueño;
él nada más los de la muerte sabe,
él nada más los de su hermano el sueño;
el hombre, cuando espira y cuando duerme,
en los brazos de Dios se entrega inerme.

Para el dormido y para el muerto el mundo
no es mas que un negro caos, un abismo
en cuyo seno lóbrego y profundo
pierde el sér toda idea de sí mismo.
Del sueño y de la muerte en un segundo
nos rinde el repentino parasismo:
mas ¿quién del punto se apercibe nunca
que su vigilia ó su existencia trunca?

Al que por un azar torna á la vida
suprema intervencion inesperada,
á la persona, ya desvanecida,
por el gás ó las aguas asfixiada
por ejemplo, que cuenta se la pida
del momento postrer. ¿Qué sabe? Nada;
lo mas que cuenta de su breve historia
es que perdió de sí toda memoria.

Se la acuerda tal vez que hubo un momento
en el cual vino á ensordecer su oido
ó descendió á envolver su pensamiento
densa tiniebla ó cóncavo zumbido:
mas vuelve del mortífero elemento
de lo pasado en el completo olvido;
pues solo Dios que crea y anonada
penetra los misterios de la nada.

Así don Félix, el galan mancebo,
de las ondas exánime arrancado,
los ojos á la luz abrió de nuevo
en olvido total de lo pasado.
Fué su curiosidad el primer cebo
que atrajo á su recuerdo descarriado,
y el primer movimiento el de tornarse
cuenta de donde se halla para darse.

Miró en redor y con asombro hallóse
sobre cómodo lecho, en aposento
desconocido de él; incorporóse
con esfuerzo febril por un momento;
mas inerme otra vez caer dejóse,
pues á este repentino movimiento
su cerebro sintió desvanecido
girar en el mareo de un vahido.

Volvió pues en la almohada á recostarse,
y al volver su cerebro á entrar en calma,
comenzó poco á poco á acostumbrarse
á entrar el cuerpo en el poder del alma.
En lucha desigual sintió trabarse
su espíritu y su cuerpo, mas la palma
llevó al fin el espíritu, y vencidos,
en su dominio entraron los sentidos.

Tornaron sus mentales facultades
á ejercer lentamente sus funciones:
del cerebro sintió las cavidades
abrirse á las ideas, las visiones
del vértigo partir, las realidades
de la vida volver, y en las lesiones
del cuerpo dolorido y fatigado
leyó la historia de su mal pasado.

Recordó su paseo sobre el rio,
su cancion bajo la árabe ventana,
su enemigo traidor, su inútil brio,
el ¡ay! desgarrador de la gitana
que oyó al surgir del elemento frio
que le volvió á sorber, y la tirana
fuerza del agua por la cual ceñido
sin poderse valer perdió el sentido.

En sus manos aún entumecidas
de la encojida red halló la marca
con cuyas cuerdas mil entretejidas
le ataron á traicion los de la barca.
Estas memorias de baldon traidas
á su imaginacion el ceño enarca,
y bendice el favor de su destino
por vengarse no mas de su asesino.

Al natural impulso de su ira
en dejar otra vez piensa su lecho,
é incorporado en él en torno mira
cuanto decora su aposento estrecho,
y en su adorno estrambótico se admira,
ningun mueble para él estando hecho,
mezcla estraña de sórdida pobreza
y de ostentosa y oriental riqueza.

Sobre pared desmantelada asienta
un primoroso cincelado almario
que esculturas miríficas ostenta
en su rica labor y adorno vario.
En un rincon se tiene una osamenta
humana cuyo espectro funerario
duplica su fantástico reflejo
en el cristal de veneciano espejo.

Alumbra el aposento una ventana
por cuyos rotos vidrios atraviesa
la frescura y la luz de la mañana:
y un viejo libro sobre hendida mesa,
unas cortinas de rasgada indiana,
y dos sillas de enéa y paja gruesa
juntas á un catre de roido pino,
completan en total su ajuar mezquino.

Vago terror el corazon brioso
embargó del mancebo contemplando
tan estraño mueblaje, del medroso
lugar donde se encuentra recelando.
Vistióse y dejó el lecho, el pié dudoso
á la ventana angosta enderezando,
y examinó su vecindad de fuera:
mas todo en su redor soledad era.

Un huertecillo inculto, una calleja
súcia, tortuosa y la desierta orilla
del rio, es solo lo que ver le deja
la angosta y elevada ventanilla
sobre unos techos de enarcada teja
donde el rocío aún húmedo brilla:
y mal hallado en tal alojamiento
pensó en dejarle sin perder momento.

Dirigióse á la puerta, mas su mano
llegado habia al picaporte apenas,
cuando al dintel se presentó el gitano
Maese Adan, quien con las manos llenas
de fresco pan y vino añejo y sano
antídoto sin par de frio y penas,
díjole: «libre es de irse ó de quedarse,
pero no sin sanar y alimentarse.»

Iba el mancebo á responderle, cuando
se presentó la gitanilla Aurora
con sus manos de nácar alargando
un manjar que el olfato corrobora.
Quedó un punto don Félix contemplando
la aparicion de la muger que adora,
absorto y de sí mismo sin ser dueño
como quien goza la vision de un sueño.

Puso Aurora el manjar sobre la mesa
que preparó su padre en un momento,
y sin tornar aún de su sorpresa
él seguia en mitad del aposento.
Entonces dijo el viejo: «daos priesa,
»caballero, á aceptar ese alimento
»y cruzaremos á través del vaso
»dos palabras que vienen muy al caso.»

Así invitado el mozo y distraido
de sus vagas y amantes ilusiones
por la voz de Maese, que servido
tenia ya el licor en dos tazones,
sentóse aunque turbado decidido
á otorgar la razon á estas razones,
pues aunque en tal momento le avergüencen
hambre y amor con ellas le convencen.

Sentóse pues, y por la audaz mirada
del misterioso viejo dominado,
á comer empezó sin decir nada
cual del hambre voraz solo ocupado;
repuesto, empero, á poco y disipada
esta fascinacion, tendió al colmado
vaso la mano y con verdad sincera
el diálogo entabló de esta manera.

D. Félix. A mi libertador quien quier que fuere:
y ojalá pronto en ocasion me vea
de probarle que en mi alma nunca muere
la memoria del bien.

Maese. ¡Bravo! Así sea.
¡Mal año para mí si tal no hiciere
otras mil veces con quien tal desea!
A la ventura y bienandanza brindo

de su segunda vida, mozo lindo.
D. Félix. ¡De mi segunda vida!
Maese. Sí por cierto:
quien al Guadalquivir lanzado ha sido
envuelto en una red es hombre muerto;
el que yo de sus ondas he estraido,
de una existencia nueva entró en el puerto.
Hoy podeis suponer que habeis nacido:
el don Félix se ahogó: ya sois otro hombre:
si os place cambiareis hasta de nombre.
D. Félix. Teneis razon, Maese: es una idea
famosa.
Maese. Como mia. Desde ahora
podeis tomar el rumbo que mas sea
de vuestro gusto: ¿no es verdad, Aurora?
No habrá nadie que en vos á vos os vea
si quereis: de vos mismo encubridora
máscara, en otro sér y en otro estado,
nada teneis que ver con lo pasado.

Aquí, en otra mirada luminosa,
del mancebo gentil por un momento
la noble faz y forma vigorosa
el gitano envolvió: sacudimiento
eléctrico, impresion vertiginosa
estremeció y turbó su entendimiento,
y en panorama nuevo de repente
un nuevo porvenir se abrió en su mente.

La propuesta del viejo está bien clara,
aunque cáuto y político el gitano
hacérsela no quiso cara á cara
en términos precisos: pero es llano
que del galan la comprension avara
sondeando en ella su escondido arcano
la abarca en el sentido en que está hecha,
y, pues calla sagaz, no la desecha.

Don Félix, á quien aun calenturienta
turbacion el cerebro debilita,
la propuesta de Adan tomando en cuenta
la trabaja en su mente y la medita.
Entre tanto en su espíritu fermenta
y en él desenvolviéndose le agita,
y en silencio don Félix reflexiona
y con su propio corazon razona.

Harto ya de él y muerto para el mundo
á quien pesares nada mas debia,
mirando hastiado y con desden profundo
la sociedad que estéril no podia
ofrecer á su anhelo vagabundo
paz, ni placer, ni calma, ni alegria,
él, privado de todo por la suerte,
iba á nacer del seno de la muerte.

Él, en las aguas para siempre hundido
y en su fondo dejando sér y nombre,
iba al mundo á volver juvenecido
con existencia nueva, nuevo hombre,
La idea de Maese ha comprendido
bien: unirlo á su raza. ¿Y qué hay que asombre
su conciencia en su oferta aunque embozada?
¿qué debe al mundo de que sale? Nada.

Sin hogar, sin familia, sin fortuna,
víctima de implacables enemigos
la ocasion en verdad es oportuna
para cobrar fortuna, hogar y amigos.
¿Dónde hallará otro asilo en que reuna
para probar su agravio mas testigos,
mas misterio que encubra su esperanza
ni mas fuerza que ayude su venganza?

Esclavo de un amor que le avasalla,
de un amor imposible entre otra gente,
la oferta de Maese abre la valla
que á su amor se cerraba eternamente.
Pobre aunque noble en la impotencia se halla
de ofrecer ni lograr su amor demente;
mas cambiando de sér logra sin pena
la prenda del amor que le enajena.

Única luz que su existencia dora
con rayo benigno de esperanza,
único bien que anhela, en que atesora
cuanta dicha futura y bienandanza
conciben sus deseos, es Aurora;
luz, bien, deseo, que dichoso alcanza
con solo lo que fué dar al olvido
quedándose en las aguas sumergido.

Absorto en esta idea y por el cebo
de su venganza y de su amor tentado,
permanecia inmóvil el mancebo
de su hambre y de sus penas olvidado.
Dejábale Maese tras su nuevo
pensamiento vagar embelesado,
siguiendo con diabólica mirada
los giros de su mente descarriada.

Y segun sonreia ó enarcaba
su entrecejo don Félix, sonreia
ó le fruncia Adan que le miraba:
dijeran que en su espíritu infundia
la idea con los ojos, ó que estaba,
á través de su cráneo que hendia
su mirada, leyéndole su idéa
antes que él mismo la conciba y léa.

Cuando acabó de meditarla el mozo
y el viejo Adan de penetrarla toda,
la cuestion abordando sin rebozo
dijo el viejo: «éa pues, si os acomoda,
»del olvido arrojemos en el pozo
»al difunto don Félix, y una boda
»os propongo: casaos con mi hija
»y la tribu os adopta y os prohija.»

Tembló el mancebo de placer oyendo
la propuesta del viejo: la gitana
el semblante volvió, brotar sintiendo
á sus mejillas del rubor la grana,

Miróla el mozo, consultar queriendo
su voluntad, y viendo que le allana
su silencio el camino, la derecha
tendiendo á Adan le dijo:—«es cosa hecha.»

—«Hay una condicion»—dijo Maese.
—Una iba yo á poner, dijo el mancebo;
todo comercio y tráfico en el mundo,
mas pararse en miserias no conviene
con hombres como vos; en un segundo
nos vamos á entender, y si se aviene
vuestro honor con las bases en que fundo
mi condicion, se acepta: de otro modo
no hay nada de lo dicho: es nulo todo.

con tal de que al honor no me interese
vicio con que á mancharle no me atrevo.
—Cuál?—Tiene vuestra tribu, aunque me pese
decíroslo, uno en que caer no debo:
noble he nacido y conservar mis manos
quiero límpias de vicios de villanos.»

—Mozo, repuso el viejo, vicios tiene

—Veamos—dijo el mozo, y el gitano
con una seña despidiendo á Aurora
quedóse con don Félix mano á mano:
en la curiosidad que le devora
preparóse este á oirle, y el anciano
sentado en frente de él, díjole: «ahora,
señor galan, entremos en materia,
y prestadme atencion; la cosa es séria.

II.

DIÁLOGO.

MAESE ADAN.—D. FÉLIX.

MAESE. Leí yo, no sé dónde ni sé cuando,
un libro de un autor docto y profundo
que decia, el discurso comenzado:
«nada se hace por nada en este mundo.»
Dígoos yo esto con quien esto dice,
señor don Félix, porque yo al lanzarme
á sacaros del rio, no lo hice
solo por el placer de chapuzarme,
ni un deber de conciencia satisfice,
pues pude con mis años escusarme
de ampararos: echéme, pues, al rio
por interés no vuestro, sino mio.
El ceño no frunzais: voy á probaros
que no puede ofenderos mi franqueza
diciéndoos lo que pienso sin reparos,
y es: que vos blasonando de nobleza,
menos franco que yo, pero tan diestro,
vais, como yo, á jugar con juego doble;
pues en gitano al trasformaros, noble,
de política dais golpe maestro,
mas no mirais otro interés que el vuestro.

D. FÉLIX. ¡Vive Dios!

MAESE. No jureis, y oid con calma.
Ya podeis suponeros que no en vano
soy viejo y soy gitano:
leo como en un libro en vuestra alma;
sé mejor que vos mismo lo que en ella
escondido guardais: amais á Aurora
dos años hace... mas; tres hará luego
que esa pasion en vuestro pecho mora;
la amais en realidad, la amais con fuego,
con verdadero amor casto y profundo:
dos años hace que seguís su huella
olvidado de vos, fuera del mundo;
dos años hace ya que la mañana
vuestra faz melancólica ilumina
enfrente de la arábiga ventana
que el puente de Triana,
donde amanece para vos, domina;
dos años hace ya que, de su casa
al pisar los umbrales, ve que pasa
vuestra embozada sombra junto á ella,
y, por doquier que va, tras de su huella
siente doquier que vuestro pié camina.
La amais, y vuestro amor correspondido
todo por conseguirlo lo atropella;
y á la ocasion primera, decidido,
resuelto á todo por lograr su mano,
bendiciendo la muerte que os ha hundido
en el Guadalquivir, y en el olvido
dejando vuestro ser como perdido,
no sois quien érais y os haceis gitano.
¿Mas todo eso es amor, señor mancebo?
¿Es solo amor? ¿Abandonais tan solo
la sociedad honrada tras el cebo
puro de un puro amor? ¿No obrais con dolo
al ofreceros, noble y caballero,
y jóven y valiente, al mundo entero
renunciando por ella, á nuestra infame
y vagabunda tribu? Vamos claros:
en nuestra innoble raza al ampararos
¿quién logra mas ventajas, vos ó ella?
Vos: porque hoy os importa el ocultaros,
hacer perder al mundo vuestra huella,
ganar tiempo y amigos, procuraros
contra esa sociedad que os abandona,
contra ese mundo ruin que os desconoce,
contra el ser que os humilla y os ultraja
y contra el hado que con vos se encona,
mayores fuerzas y mayor ventaja
para que no os acabe y os destroce;
porque, ¿qué os resta ya sobre la tierra?
Vuestro inútil amor, vuestra persona,
blanco de ocultas iras, y ese traje
que hubiera sido ayer vuestra mortaja
sin mí que de las aguas os estraje.
Víctima de traidores enemigos,
por secretos amaños deshonrado,
os veis por donde quiera rechazado
sin hogar, sin dinero y sin amigos.
Hé aquí, don Félix, la verdad desnuda;
hé aquí la posicion en que os encuentra
la proteccion y la propuesta boda,
que en mis proyectos ofreceros entra:
oferta, es claro, que redunda toda
en mi propio interés, no tengais duda;
mas tambien en el vuestro, pues os brinda
con misterioso amparo que os escuda,
con poder que á vengaros os ayuda,
y, en fin, con el amor de la mas linda
gitana que pisó la orilla amena
en cuyo lecho de esponjosa arena
Guadalquivir, como en tazon chinesco
ó en mejicano búcaro, su fresco
raudal contiene y su cristal serena.
Echó el gitano exordio semejante
del mancebo á la faz de una manera
tan seca, tan audaz y estravagante,

mezclándose á la vez en su semblante
la calma del filósofo sincera,
la ironía ofensiva del pedante,
con el cinismo bajo y el aplomo
del villano insolente, que no era
posible comprender su verdadera
espresion, ni era fácil saber cómo
recibir su filípica severa;
de modo que don Félix, subyugado
por la verdad tal vez, ó sorprendido
por desvergüenza tal, ó avergonzado
de ver su corazon así sondado,
respondió entre humillado y ofendido:

D. Félix. Es verdad ¡ay de mí! Verdad, maese:
y aunque no la miré por ese lado
jamás, lo reconozco aunque me pese;
tal es mi posicion.

Maese. Por de contado
que yo sé que jamás habeis fiado
ni aun de vos mismo lo que yo os espongo;
yo sé que no habeis nunca calculado
las ventajas del cambio que os propongo,
y aun ahora dudais avergonzado
cuando á la vista la verdad os pongo;
mas ello así ha rodado,
porque todo en el mundo es egoismo,
todos en él nuestro interés miramos
y á él nos arrastra nuestro instinto mismo
siempre y aun cuando menos calculamos.

D. Félix. Siento ¡ay de mí! que es la verdad, lo veo:
se oculta en todo el interés, lo creo:
mas no veo, maese, todavía
el oculto interés que á vos os guia.

Maese. Es una historia triste: es una cosa
infame, repugnante, vergonzosa,
que debo, mas no sé cómo, deciros;
es un fatal secreto
que os voy á confiar, que va á afligiros,
que va á romper acaso de repente
el hilo en que está apenas sostenida
nuestra amistad naciente:
mas os creo á guardármele sujeto;
os lo exijo por precio de la vida
que os he salvado ayer.

D. Félix. Vivid seguro
de que en mi pecho le daré guarida,
y jamás saldrá de él.

Maese. Si cuando oido
lo hayais, no os acomoda
adelante llevar lo de la boda,
libre sois; aun no hay nada concluido.

D. Félix. Maese, me asustais.

Maese. Oid con calma,
don Félix; confesais que amais á Aurora,
que ese amor os ocupa toda el alma,
y que os hallais dispuesto desde ahora
á renunciar por ella al mundo entero:
pues bien, quiero una prueba: necesito
que sea vuestro amor hondo, infinito,
tan superior en vuestro ser á todo,
que no hayais á él de sustraeros modo,
que sea en vos el ímpetu primero.

D. Félix. Pues á daros tal prueba me acomodo,
maese; ¿qué exigís? La vida os debo;
disponed de mi ser: sí, yo amo á Aurora,
la adoro; á todo por su amor me atrevo;
y estoy pronto por ella desde ahora
á renunciar á todo ó á emprenderlo
todo, como querais: hablad.

Maese. Mancebo,
no puede Aurora ser mas que del hombre
que sin mirar á mas que su cariño,
renunciando á su honra y á su nombre
si es necesario, humilde como un niño,
mi condicion acepte.

D. Félix. Está aceptada.

Maese. Mirad que es cosa fuerte
que requiere valor; caso inaudito,
tal vez mas duro que la misma muerte
para quien ama como vos sincero,
con amor esclusivo, hondo, infinito.

D. Félix. Mi solo amor por ser tan verdadero
sostendrá mi valor firme y entero:
nada me espanta; hablad.

Maese. ¿Ni aun un delito?

D. Félix. (*Vacilante.*)
Si no es bajeza ruin ó villanía
torpe é infame...

Maese. ¡No, por vida mia!
es un delito sobre el cual severos
los tribunales echarán sus leyes
si tal vez, torpe vos ó ellos mañeros,
dan con él y os le prueban algun dia;
mas delito es ¡á fé! de caballeros
y que mas de una vez lo fué de reyes.
Hé aquí por qué nosotros los gitanos,
que siendo solo míseros villanos
necesitamos cometerle, habemos
en vos puesto los ojos, pues queremos
de un caballero encomendarle á manos;
mas es empresa en que empeñarse debe
quien de esposo de Aurora el nombre lleve,
si, despues de saber nuestro secreto,
juzgándola de amor aun digno objeto,
delito y boda á consumar se atreve.

D. Félix. Veamos: ¿qué hay que hacer?

Maese. Matar á un hombre
cómo y cuando querais, en desafío
ó á traicion: es igual... ¡Qué hay que os asombre!
El ceño me fruncís: ¿os falta brio?

D. Félix. El riesgo ¡vive Dios! no me amedrenta.

Maese. No me menteis á Dios, que es cosa santa
fuera del caso: ¿qué es lo que os espanta?

D. Félix. Que os atrevais á hacerme tal afrenta.

Maese. Cómo puedo afrentaros no imagino.

D. Félix. Con el amor de Aurora, por mi cuenta,
comprarme pretendeis como asesino.

Maese. Raciocinais á fé muy torpemente;
cuando os digo, don Félix, que esta empresa
al marido de Aurora solamente

se debe encomendar, bien claramente
os indico á mi ver y lo bastante
que al honor del marido le interesa,
no al ilegal cariño del amante:
porque el honor de la muger casada
para el marido, como suyo, es todo;
para el amante, como ajeno, nada.

D. FÉLIX. ¡Por Cristo!...

MAESE. (*Interrumpiéndole con ímpetu.*)
Os dije ya que de otro modo
me hablárais: no jureis, que es cosa fea.

D. FÉLIX. (*Turbado.*)
Perdonad: es un vicio de soldado.

MAESE. Pues perdedle.—Mas íbamos diciendo
que con Aurora de una vez casado...

D. FÉLIX. Su honor me interesaba; lo comprendo,
mas lo comprendo con temor. ¿Acaso...

MAESE. No penseis mal.

D. FÉLIX. ¿Aurora?...

MAESE. Es inocente
como el niño que nace.

D. FÉLIX. En ese caso...

MAESE. Ileso está su honor: es evidente:
mas fué siempre el honor tan frágil vaso
y de cristal tan puro, que el ambiente
mas ligero tal vez le empaña al paso.

D. FÉLIX. ¿Es decir que el de Aurora?...

MAESE. Está sin tacha.

D. FÉLIX. Entonces no os comprendo.

MAESE. Ni yo tampoco sé como decíroslo
por mas que con ahinco lo pretendo
como podeis notar... ¡pobre muchacha!

D. FÉLIX. Temo, Maese, que os estais burlando.

MAESE. Jamás me burlo yo: debo advertíroslo.

D. FÉLIX. Pues hablad de una vez, si os acomoda;
porque ¡á fé mia! que me vais hilando
con eso del honor lo de la boda
de una manera tal, que no es posible
los cabos anudar de vuestro cuento.
Arrancad pues á hablar.

MAESE. Es que es terrible.

D. FÉLIX. Pues no haber comenzado.

MAESE. Estadme atento.
Volvia de una feria con Aurora
ya tarde, á mi pesar, en noche oscura;
próximo el huracan, alta la hora,
solitario el lugar... desoladora
mi posicion y grande mi pavura.
Mirando ya la tempestad cercana,
tomé un atajo por ahorrar camino
en un pueblo estraviado mas vecino,
á esperar decidido la mañana.
Díjelo á Aurora y avancé el primero:
mas no bien por el áspero sendero
nos hubimos metido, abandonando
la carretera descubierta, cuando
noté que nos seguia un caballero.
Mi hija y yo caminábamos en mula;
temo, y en baja voz dígola «¡pica!»
Óyeme y obedéceme la chica:
levantamos el trote, mas es nula
mi precaucion: el caballero aplica
á su montura espuelas y regula
su paso al nuestro; el miedo me estimula;
pico mas, pica Aurora, mas él viene
ganando tierra; párome un momento
para cederle el paso, y se detiene.
Vuelvo á partir, y parte. Yo al fin, siento
aunque viejo, que hay sangre aun en mis venas,
y con rubor de huir de un hombre solo
me decido á abordarle; mas apenas
volvíme á él, apercibí su dolo.
Cruzando los espesos olivares
y en la labrada tierra sus pisadas
ahogando, de dos viles auxiliares
ví llegar las figuras embozadas.
Quise huir, mas hallé por cada lado
contra mí amartillada una pistola
por cada silencioso enmascarado:
entonces «¿qué quereis?» dije turbado;
y respondióme el jefe: «tu hija sola.»
Eché mano al puñal de mi cintura:
mas pasándome un lazo de repente
por el cuello y los brazos, reciamente
liáronme en la cuerda que, segura,
cortó mi accion y me dejó impotente.

D. FÉLIX. ¿Y Aurora?

MAESE. Entre sus brazos desmayada
iba ya por el jefe arrebatada.

D. FÉLIX. ¡Infame!

MAESE. ¿Comprendeis? me maniataron,
me vendaron los ojos, en un coche
prevenido por él nos encerraron,
y corrimos así hasta media noche.

D. FÉLIX. ¡Infames!

MAESE. ¡Bien que infames! á la puerta
de un cortijo, á mi ver, se detuvieron,
me amordazaron, y sentí que á Aurora
de mí apartaban.

D. FÉLIX. ¡Ah!

MAESE. Mas la volvieron
á traer.

D. FÉLIX. ¿Al punto?

MAESE. No: pasó una hora.

D. FÉLIX. ¡Infames! ¿y después?

MAESE. Volvió el carruaje
con dos hombres no más que nos guardaban
á deshacer el misterioso viaje.
Ciego y mudo sentí que se paraban:
del carruaje sacáronme: en el suelo
me dejaron, y oí que se alejaban.

D. FÉLIX. ¿Nadie os pudo acudir?

MAESE. No quiso el cielo.

Al recordar el viejo en tal jornada
cómo de él enemiga ú olvidada
la voluntad del cielo abandonóle,
la inflexion de su voz desesperada
una rabia espresó tan concentrada,
tan honda ira, que la voz faltóle;

tembló don Félix: el siniestro acento
de Adan produjo un eco tan estraño,
que al penetrar en él le hizo violento
pavor al alma y á la oreja daño;
cuya ingrata impresion apercibiendo,
calmóse Adan y continuó diciendo.

MAESE. Revolquéme furioso, como un loco,
entre matas y peñas desgarrándome,
y percibí por fin que poco á poco
iba mi cuerda libertad dejándome.
El pañuelo arranqué que me cegaba.
D. FÉLIX. ¿Le conservais?
MAESE. ¡Inútil! era el mio.
D. FÉLIX. ¡Traidor!
MAESE. Aun sin sentidos se encontraba
Aurora junto á mí, y el viento frio
de un alba de febrero nos helaba.
D. FÉLIX. ¿Dónde?
MAESE. En el mismo sitio donde fuimos
sorprendidos.
D. FÉLIX. ¿Y Aurora?
MAESE. Entre mis brazos
se echó al abrir los ojos desolada.
¡Yo me sentia el alma hecha pedazos!
D. FÉLIX. Mas ¿qué dijo de sí la desdichada?
MAESE. Una palabra sola «¡deshonrada!»
D. FÉLIX. ¡El miserable!
MAESE. Atada con los lazos
de la red con que el pelo me ceñia,
hallé que me dejaban los malvados
un papel.
D. FÉLIX. ¿Qué decia?
MAESE. (*Dándosele.*) Vedle.
D. FÉLIX. (*Leyendo.*) «Si hablais, morís asesinados.»
Dejadme este papel.
MAESE. Guardadle. Ahora
¿se os alcanza por qué quien lleve el nombre
de marido de Aurora
tiene por fuerza que matar á un hombre?

D. Félix. Y morirá. Mas...
Maese. Hé ahí la duda
que adivinar en vos me trae inquieto;
¿vuestro amor al honor prestará ayuda,
ó vuestro amor con el honor se escuda?
mas claro: ¿hoy que sabeis ese secreto,
á la palabra y boda convenida,
señor Don Félix, os creeis sujeto?
D. Félix. Lo estoy á la venganza, y de mi vida
os hago a ¡uí la ofrenda: os lo prometo:
mataré ó moriré.
Maese. Pero... ¿casado?
D. Félix. Harto ya de mi ser, desesperado,
abandonado ya de cielo y tierra:
porque la fuerza de mi ser se encierra
en el amor de Aurora,
que es el único bien por mí anhelado,
la única luz que me alumbró hasta ahora.
Maese. ¿Luz trás que ya no ireis?
D. Félix. ¡Pese á mi estrella!
¿no me has dicho que dijo «¡deshonrada!»?
se estinguió, pues, la luz que habia en ella!
Maese. ¿Mas no os dije que estuvo desmayada,
falta de movimiento y de sentido?
Ella ni vió, ni oyó ni sintió nada:
por eso el crímen mas infame ha sido,
pues dejóla el traidor sin ser culpada,
cual si lo hubiera sido, deshonrada.
D. Félix. Teneis razon. (*pensativo*)
Maese. Pesadlo pues con calma:
que si la amais y en ella no hay malicia,
privaros de su amor es injusticia,
y si ella os ama, como yo sospecho,
la desesperareis, perdeis su alma.

Hubo aquí de silencio un corto trecho:
don Félix sin color, meditabundo,
la cabeza inclinada sobre el pecho,
la mirada feroz, clavada en tierra,
presa de afan desgarrador, profundo,
y con su honor su corazon en guerra,
permaneció como de mármol hecho
ajeno de sí mismo, estraño al mundo.
El misterioso viejo en él posaba
su mirada diabólica y sombría,
y tal vez en su ser profundizaba,
y su idea en la mente perseguia,
y su pupila torva fulguraba
siniestro resplandor, y sonreía.
Alzó al cabo don félix la cabeza,
sonrió y dijo luego con firmeza:
D. Félix. Teneis razon.
Maese. ¿Amáisla todavía?
D. Félix. Sí.
Maese. ¿Manteneis vuestra palabra?
D. Félix. Entera.
Maese. ¿Con ella os casareis?
D. Félix. Marcad el dia
de la boda.
Maese. Mas... ¿él?
D. Félix. Por vida mia!
él morirá: nombradle.
Maese. Bien quisiera
en verdad: mas nombrárosle no puedo:
no sé su nombre.
D. Félix. ¿Vísteisle?
Maese. Tampoco.
D. Félix. Ni yo á imposibles obligado quedo:
entonces...
Maese. A mostrárosle me obligo.
D. Félix. ¿Si no le conoceis?...
Maese. Que lo haré os digo.
D. Félix. ¿Le habeis, pues, visto?
Maese. Nunca.
D. Félix. ¿Os volveis loco?
¿cómo le mostrareis sin conocerle?
Maese. Aunque estuviera oculto en el abismo,
y aunque cadáver fuera ha ya diez años,
del sepulcro salir podria hacerle
y podria mostrárosle lo mismo.

Y estas palabras al decir el viejo,
del mozo ante la vista deslumbrada
cruzó un torvo fulgor, como el reflejo
que da desenvainándola, una espada.
Era del viejo la infernal mirada.
El frio de un pavor desconocido
dejó del mozo el corazon transido.
Maese, empero, sus palabras dijo
con calma imperturbable, con acento
de firme conviccion, sin movimiento
alguno, en clara voz, con mirar fijo:
de modo que al salir del parasismo
pasajero Don Félix, encontróle
grave y sereno, y tan tranquilo al verle,
no pudiendo, espantado, comprenderle
con sus mismas palabras preguntóle:
¿Conque aunque se ocultára en el abismo,
y aunque cadáver fuera hace diez años,
salir pudiérais del sepulcro hacerle
lo mismo y enseñármele?
Maese. Lo mismo.
D. Félix. Maese, me espantais.
Maese. Es una cosa
muy sencilla en su esencia,
aunque sus procederes algo estraños
os la harán parecer maravillosa.
Un fenómeno aún desconocido
para la multitud, que un sortilegio
parece mientras obre dirigido
solo por mí que hoy gozo el privilegio
de hacer su aplicacion; un hecho claro
cuando sea comum y conocido.
Siempre lo mismo ha sido:
ayer era fenómeno muy raro
lo que es hoy cosa simple convertida
al uso y bienestar de nuestra vida.
¿Qué son todas las grandes invenciones?
Maravillas como esta, que primero
causan la admiracion de las naciones,

traen en agitacion á un siglo entero,
y á las que da el siguiente aplicaciones
al servicio mas simple ó mas grosero.
Y, ¡hay tantas invenciones todavía
que no han podido ver la luz del dia!
Esta empero, Don Félix, de que os hablo,
y con la que asombraros me prometo,
ni aun el mérito tiene de ser mia.

D. Félix. ¿Quién es el inventor?

Maese. Es un secreto;
mas puede atribuirse...

D. Félix. ¿A quién?

Maese. Al diablo,
mecánico muy digno de respeto.

D. Félix. Estais, Maese, hablando
de un modo tan estraño y misterioso,
os estais tan sardónico chanceando
con cosas que hasta hoy fuéron objeto
de honda fé ó de pavor supersticioso,
que si no me estuviera amedrentando
el esperar de vos algo espantoso,
sospechara...

Maese. Veamos: francamente
sospecharias ¿qué?

D. Félix. Que estais demente.

Maese. ¡Siempre del génio así piensa la gente!
pero vais á juzgar. A vuestra vista
voy á evocar el héroe de mi historia
en la faz de ese espejo. Es de un artista
veneciano obra estrema, cuya gloria
por empañar á mágia se atribuye:
porque, sabedlo, con tan viles modos
el sabio, ó envidioso, ó egoista,
siempre el mérito ajeno disminuye.
¡Destino ruin de los ingenios todos!

D. Félix. ¡En la faz de ese espejo!

Maese. Preparado
para ello: secreto portentoso
al saber académico aun velado.
Es el espejo en que Cornelio Agripa
sus prodigiosas esperiencias hizo,
infundiendo en su siglo asombradizo
miedo que del presente participa
la ciencia imbécil y el valor postizo;
obra cuyo secreto misterioso
hoy, en mi tribu vil depositado,
está solo en su jefe vinculado.

D. Félix. ¿Vos me podeis mostrar en ese espejo?...

Maese. De esta bujía mágica al reflejo,
todo lo que querais de lo pasado.
El muerto hermano, el espatriado amigo,
la madre ausente, la muger amada,
nadie se exime, ni resiste nada
la poderosa evocacion: os digo
que doquiera que esté, quien quier que fuere,
por mucho que le ampare ó le enaltezca
la suerte, aunque algun dios le favorezca,
el hombre vil que en el honor nos hiere
mi evocacion es fuerza que obedezca:
conque si vuestro amor venganza quiere,
le haré, cuando querais, que se aparezca.

Habia en las palabras del gitano,
de su voz en el eco, de su acento
en la inflexion, incógnito elemento
de orígen infernal y sobrehumano
desconocido del mancebo; insano
y acre vapor henchia el aposento
producido tal vez por el aliento
que exhalaba en la atmósfera el anciano.

La claridad del dia se turbaba,
y el aire menos puro y trasparente
tomaba cuerpo y en redor giraba
como el sueño de un ébrio ó de un demente.
Parecia á don Félix que aspiraba
como un vapor de sangre en el ambiente
que escitaba en su alma las pasiones
mas viles, las mas torpes intenciones.

Su amor, hasta aquel dia delicioso
manantial de consuelo y de esperanza,
se tornaba en su espíritu celoso
manantial de furor, sed de venganza.
Y presa de un rencor vertiginoso
que al cieno de los crímenes le lanza,
su corazon en él con ánsia hoza
y en el ánsia de crímenes se goza.

Un volcánico ardor su sangre enciende,
una nube de sangre su sien ciñe,
una alfombra de sangre ante él se tiende;
todo de sangre en su redor se tiñe.
El fuego del infierno en su alma prende,
siente que la virtud se le desciñe
de ella cual velo inútil, y que impía
brota en ella sacrílega osadía.

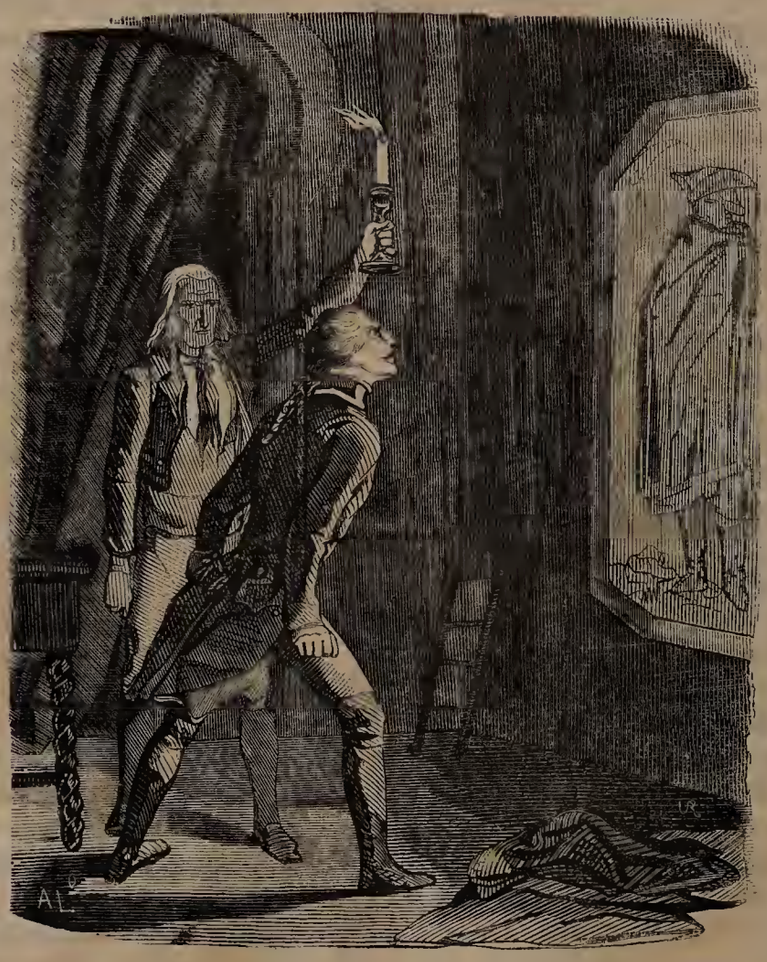
Poder inmenso, asolador, anhela
venganza atroz, satánica, inaudita,
y con voz en que su ira se revela,
asiendo el brazo de Maese, grita:
«á tu infernal evocacion apela:
llámale; quiero ver su faz precita,
quiero robarle hasta su eterna calma,
beber su sangre, condenar su alma.»

Dijo el mozo: diabólica alegria
radió en la faz del viejo, y de su aliento
con un soplo inflamado una bujía
encendiendo, al fulgor amarillento
de su cárdena luz espiró el dia,
en tinieblas quedando el aposento;
poco á poco la llama asegurándose
fué en el pábilo negro acrecentándose.

Mas de esta luz al infernal reflejo
un objeto no mas se iluminaba;
solo el cristal del misterioso espejo
su resplandor fosfórico aclaraba:
mas la imágen del mozo ni del viejo
su mágico cristal no duplicaba:
la claridad que en su cristal lucia
del mismo fondo del cristal nacia.

Poco á poco vapor turbio, incoloro,
que el fondo opaco del espejo llena,
disipándose fué; como en el foro
de un teatro se ve nocturna escena
en panorama inmoble, al son de un coro
lejano aparecer, así serena
en el terso cristal iluminándose
la evocacion impía fué aclarándose.

Es el ser misterioso que evocado
al conjuro satánico obedece:
de grana en una capa un embozado
es lo que al sortilegio se aparece.
Por atraccion magnética arrastrado,
hácia el fantasma que se acerca y crece
fué don Félix: miróle de hito en hito,
y «¡es él!» dijo furioso, dando un grito.



Primero sobre un fondo vacilante
se dibujó un salon: en la insegura
bruma del cuadro comenzó oscilante
á delinearse luego una figura:
su contorno, mas neto cada instante,
se acusa, se destaca, se asegura,
se desprende del fondo, se aproxima,
avanza hácia el cristal, se viene encima.

Entonces de la imágen evocada
hasta el haz del cristal llegó el reflejo:
ciego el mozo dió en él senda puñada,
hízose mil pedazos el espejo:
la aparicion soltó una carcajada
que con mofa feroz repitió el viejo
la luz matando, y cual del rayo herido
dió don Félix en tierra sin sentido.

III.

Abrió don Félix los pesados ojos
con un esfuerzo trabajoso y largo;
la vista débil y los miembros flojos
siente como quien sale de un letargo;
le alumbra: cuelgan por pared y techo
zorongos y atavíos de gitana:
ve á un lado suyo á Adan y al otro Aurora:
Aquel medita, la muchacha llora.

aun cree que de la fiebre los antojos
ve, y aun le angustia su recuerdo amargo;
concibe que está en sí y que no delira
ya, pero no comprende lo que mira.

En limpio cuarto y en curioso lecho
sorprendido se encuentra; una ventana
morisca, á la que sombra da el estrecho
calado de una arábiga ventana

Un suspiro difícil exhalando,
movióse: al percibir su movimiento
sobre las puntas de los piés andando
se acercaron los dos, con mucho tiento
tocar su cuerpo débil evitando.
¿Dónde estoy? preguntó con flaco acento,
y de su escasa voz el flébil eco
fué á resonar en su cerebro hueco.

Dijo la hermosa, y al quitar la mano
grabó en su frente cariñoso beso!
Don Félix, que favor tan soberano
creyó ser de su asombro en el esceso

Sus sillas otra vez Adan y Aurora
ganaron en silencio y de puntillas:
oyóse el son del agua arrulladora
que lamiendo del rio las orillas

loca fascinacion de sueño vano,
sonrió con dulcísimo embeleso;
pero juzgando aún que son antojos
del delirio febril, cerró los ojos.

murmura al pié de la ventana mora,
y arrullado por él las maravillas
del delirio don Félix recordando,
en sueño entró reparador y blando.

CAPITULO SESTO.

Suspendido en el borde del sepulcro
cinco dias luchó con su dolencia
el mancebo infeliz, mas vigorosa
triunfó al cabo del mal naturaleza.
Al furor sucedió de sus delirios
letárgico sopor, y la influencia
de un benéfico sueño volvió al cabo
al espíritu calma, al cuerpo fuerza.

Cedió la exaltacion de su cerebro
ante el curso comun de las ideas,
y tornaron sus ávidos sentidos
á entrar en posesion de la existencia.
Despertóse por fin una mañana
despejado y tranquilo: de su estrema
debilidad quedábale tan solo
esquisita interior delicadeza·

sus nervios, mas sensibles, acusaban
la mas escasa sensacion esterna;
sus sentidos, mas claros, percibian
con mas exactitud, con mas pureza;
regenerado en fin su ser entero
entrar le parecia en vida nueva,
y encerrar en un cuerpo mas flexible
un alma mas capaz y mas perfecta.
Bienestar natural en que, al dejarnos
vencida al fin, la enfermedad nos deja,
fresca el alma del mal tras el reposo,
vuelto el cuerpo al vigor de él en ausencia.
Despertóse don Félix, y estendiendo
su vista ansiosa á cuanto en torno llega,
al ir reconociendo lo presente,
se empieza á dar de lo pasado cuenta.
La cámara en que se halla es una estancia
limpia en estremo y por demás modesta:
apenas cuatro sillas y una cómoda
su pavimento embaldosado mueblan;
mas resto siendo de palacio moro,
su primitiva construccion espléndida
resalta en los vestigios primorosos
que aún ennoblecen su humildad moderna.
Las paredes son blancas, mas un friso
de azulejos moriscos la rodea,
cuya labor difícil los mosáicos
y alicatados árabes recuerda
una ventana, cuyo hueco parte
un ligero pilar, en que las vueltas
apoyan de dos arcos festonados
con escrituras y orlas arabescas,
da al aposento luz, y el sol naciente
que por sus celosías atraviesa,
en luminosas motas reproduce
la calada labor por do penetra.
Vigas antiguas que á través la cruzan
sostienen la techumbre de madera,
mas por cedro incorrupto la delata
el suave olor de sus fragantes vetas.
En simples alcayatas suspendidas,
y con cortinas de percal cubiertas,
hay ropas mugeriles, cuyas franjas
el escaso percal por bajo muestra.
En la pared de enfrente, y adornadas
con mil caireles y zorongos, cuelgan
una guzla morisca y un pandero
con dos pares de blancas castañuelas;
y un espejo, por fin, que entre ellas luce
encima de la cómoda, de perlas
y de corales unas sartas, y unos
chapines pequeñísimos de seda,
de una muger declaran á don Félix
que alojado en la cámara se encuentra,
abogando en favor de su señora
el esmero y el órden que vé en ella.
La ventana morisca que le alumbra
su aventura nocturna le recuerda:
la guzla, los caireles, los vestidos,
y los chapines, su gitana bella.
Poco á poco se aclaran sus recuerdos,
poco á poco en su mente los ordena,
coloca y clasifica, y uno á uno
poco á poco á su juicio se presentan.
La serenata al pié de la ventana,
la misteriosa barca, su ligera
fuga, su brío inútil, su caida
en el agua, y despues... despues le restan
aún unos recuerdos que no envuelve
el lúgubre crespon de las tinieblas
de la vacía eternidad, ni el paso
marcan del alma á su region inmensa.
Unas memorias lúgubres, satánicas,
que entre las otras á ordenar no acierta,
y que duda si son sueños fantásticos
ó recuerdos de cosas verdaderas.
Recuerda (y son sin duda los delirios
de su crísis febril) que ante una mesa
con licor y viandas conversaba
con el gitano Adan, y que halagüeña
le sonreía Aurora: que mas tarde,
con él á solas, su pasion sincera
le declaró por su hija, que su boda
trató con el gitano, una sangrienta
condicion en sus cláusulas poniendo
Adan: y... aquí por su cerebro ruedan
un secreto de honor que le han fiado,
de venganza y de muerte una promesa,
una bujía mágica, un conjuro
sacrílego, una imágen que se acerca
á él tras un espejo, cuya luna
las que tiene delante no refleja.
Todo esto en confusion, fuera de sitio
flotando, en su memoria se aglomera:
parte como recuerdos positivos
de sucesos pasados y de ciertas
impresiones, y parte como sueños
del delirio febril, mas sin que él pueda
los hechos apartar de los delirios
ni estraer la verdad de las quimeras.
Sabe que se halla en casa del gitano;
sabe que le es deudor de la existencia;
mas cómo ignora ni por quién lo sabe,
ó si una intuicion se lo revela.
Vé bien que la cadena de sus horas
aún eslabonada se conserva,
puesto que vive aún, mas en su juicio
falta algun eslabon en su cadena.
En semejantes cálculos perdido,
anhelando encontrar quien los resuelva,
pensó don Félix en vestirse, pero
no halló á la vista de su trage prendas;
ir quiso á la ventana, pero pronto
vió que no ayudan su intencion sus fuerzas;
pensó en llamar, mas como á quién ignora,
decidióse á esperar en la impaciencia.
Poco aguardó, pues al rumor que hizo
en el lecho, moviéndose la puerta,
abriéndose sin ruido y lentamente,
dió paso á una muger: Aurora era.

«¿Tú?» rebosando de placer don Félix,
dijo los brazos débiles tendiéndola;
«Yó,» con amor en ellos enlazándose,
repuso Aurora de alegría trémula;
mas acotado el ímpetu primero,
él comedido y ruborosa ella,
de necesaria esplicacion entre ambos
diálogo se entabló de esta manera:

D. Félix. ¡Bien los presentimientos de mi alma
confirma, Aurora mia, tu presencia!
¿conque os debo la vida?

Aurora. De las aguas
mi padre te salvó.

D. Félix. ¿Morada vuestra
es la casa en que estoy?

Aurora. Sí.

D. Félix. ¿Y este cuarto
el tuyo?

Aurora. Sí.

D. Félix. ¿Y este tu lecho? ¿y esa
la celosía do á mi voz te asomas,
y esa la guzla mora cuyas cuerdas
tus cantares alegres acompañan,
y todo, todo cuanto aquí me cerca
te pertenece, en tu servicio solo
cuanto contemplo en derredor se emplea?

Aurora. Sí.

D. Félix. ¿Y en aquel espejo se retrata
tu deliciosa imagen? ¿son aquellas
las basquiñas de pliegues ondulantes
que en derredor de tu cintura vuelan
cuando en los giros de tu baile rápido
cual mariposa con el aura juegas?
¿Y aquellos los chapines que, tiranos,
tus piececitos de marfil sujetan?

Aurora. ¡Félix!

D. Félix. ¡Bendita la traicion villana
que al agua me lanzó! Bendita sea
la mano que, arrojandóme á un abismo,
al paraiso de tus brazos me echa.

Aurora. Ay Félix! cinco dias há que en ellos
contra la muerte pertinaz peleas.

D. Félix. ¡Cinco dias!

Aurora. El sesto no le cuento,
pues tu riesgo pasó, y el dia empieza.

D. Félix. ¡Cinco dias! Escúsame: mi mente
mal segura me estorba que comprenda
con lucidez aún. ¿Há cinco dias
que estoy en cama?

Aurora. Del delirio presa.
Tan espantosa fiebre te ha asaltado,
que atarte antes de ayer ha sido fuerza.

D. Félix. ¿Sábese, pues, que en tu aposento ahora
me guardas?

Aurora. ¿Y quién quieres que lo sepa
si no entró nadie en él?

D. Félix. ¡Nadie!

Aurora. Esta casa
solo para sus dueños tiene puertas;
mi padre, que no tiene mas familia
que yo, jamás á nadie las franquea.

D. Félix. ¿No tiene pues amigos?

Aurora. Nuestras leyes
dan á mi padre autoridad suprema,
única, indisputable y absoluta,
contra la cual ninguno se rebela:
porque es el cielo quien la da, y los hombres
no osan ni discutirla ni oponérsela.
El mas viejo es el rey: toda la tribu
sigue su voluntad: mi padre reina.

D. Félix. Mi impertinencia escusa, mas permíteme
que te haga una pregunta.

Aurora. Haz las que quieras.

D. Félix. ¿Dices que en el furor de mis delirios
preciso ha sido atarme?

Aurora. Sí.

D. Félix. ¿Y en esas
horas de exaltacion quién me velaba?

Aurora. Mi padre y yo no mas.

D. Félix. Contra la récia
furia de mis delirios ¿cómo solos
bastado habeis los dos?

Aurora. De la manera
mas sencilla: mi padre te cogia
en sus brazos de hierro, y dos correas
cruzando yo por sobre tí, quedabas
sin poderte mover.

D. Félix. Si no tuviera
tal confianza en tí...

Aurora. ¿Qué?

D. Félix. No podria
creer sin vacilar lo que me cuentas.

Aurora. ¿Qué interés á engañarte me llevára?
Oculto era forzoso que estuvieras
de todo el mundo, pues hacer tu rastro
perder á tu enemigo era prudencia
cáuta en mi padre.

D. Félix. Sí: mas, ¿cómo él solo...?

Aurora. Mi padre alcanza de Titan las fuerzas:
pertenece á otra raza mas pujante
que la actual.

D. Félix. Es preciso que así sea.
Mas alguno á mi mal remedios puso:
¿quién me los recetó?

Aurora. Pues ¿de la ciencia
de los doctores necesita acaso
nuestra tribu? Mi padre fué unas yerbas
á coger, las majó, y te dió las gotas
del líquido eficaz que estrajo de ellas.

D. Félix. ¿Y con ellas sané?

Aurora. Sin duda: entrastes
en un sopor letárgico bebiéndolas,
y despues en un sueño delicioso
del que sereno como ves despiertas.

D. Félix. Todo eso es en verdad maravilloso.

Aurora. No, sino natural; nada hay que deba
maravillarte en ello; hace dos años
que te acosa por mí fortuna adversa:
por mí un poder oculto persiguiéndote
doquier te ataja y por doquier te cerca;

por mí, en fin, arrastrastes una muerte
horrible, porque has muerto á la hora de esta
para todos si quieres, pues ahora
muerto te créen los que tu mal desean.
¿No es justo, pues, que yo te recompense
el mal que mi cariño te acarrea?
Mi padre te ha sacado de las aguas,
te ha acogido en su casa, en tu dolencia
te ha dado sus remedios, porque sabe
mejor que yo lo que mi amor te cuesta;
yo, pidiéndole al cielo por tu vida,
noches y dias á tu lado en vela
he cuidado de tí, porque te amo.
¿Qué hay en esto, mi bien, que te sorprenda?

D. Félix. ¡Oh Aurora de mi vida! tus palabras
acarician mi oido y mi alma alegran
como el rumor de repentina lluvia,
que el fuego calma de abrasada siesta:
y abren mi corazon, y le estremecen
de placer y de amor, como la fresca
brisa del mar en el estío el cáliz
de la soleada flor de sus riberas.
Aurora, único bien del alma mia,
único bien que mi ambicion anhela,
única gloria á que mi orgullo aspira,
única luz que alumbra mi carrera,
tienes razon, he muerto para todos:
rica y feliz, ó mísera y funesta,
tu condicion de hoy mas será la mia;
donde vayas iré: lo que tu creas
creeré; desearé lo que desées;
desde hoy tu tribu mi familia sea:
yo viviré feliz donde tu vivas
siguiéndote leal hasta que muera.
Hoy hablaré á tu padre, y pues le debo
la vida, por tu amor voy á ofrecérsela:
¿por qué me la salvó si le era inútil?
bien sabia mi amor y mi miseria.
Tómeme por esclavo: que me deje
no mas vivir en donde verte pueda,
y si mi amor le ofende... que me mate,
sí, que á las aguas á arrojarme vuelva.
Yo perdia por tí feliz la vida;
pues él la recogió, á él se encomienda.

Aurora. Félix, mi único bien, calma te ruego
el loco frenesí que te enajena;
guarda tu vida, guárdala: mi padre
te la salvó dichosa para hacértela.
Sí, de tu amor y lealtad en premio
prepárate á escuchar alegres nuevas.
La fortuna se torna y nos sonrie:
tú desapareciste de la tierra;
el don Félix odiado y perseguido
cadáver es que al mar el rio lleva;
tus contrarios, tú muerto, satisfechos
ya, ni te ódian ni de tí se acuerdan.
Ahora bien: quien te trae así á mis brazos,
quien nos une á los dos de esta manera
tan misteriosa é intima, el acaso
no es, tiene que ser la providencia.
Tú, noble, rico y caballero un dia,
yo, gitana infeliz, en tan opuestas
regiones fuera hallarnos imposible;
era preciso pues que á mi bajeza
te hiciera descender, ó hasta tu altura
me hiciera á mí subir: esta barrera
que la suerte no mas romper podia,
encargóse la suerte de romperla.
Si hasta tu altura á mí me hubiera alzado,
en la region banal de la opulencia
donde el placer al corazon hastía
y en lugar de nutrirle le envenena,
do el apetito vil de pasion noble
el nombre toma y el honor se lleva,
acaso nos hubiéramos hallado
uno hácia otro sin mirar siquiera;
mas destruyó tu dicha al arrojarte
en la infelicidad y en la indigencia:
en contacto poniéndote conmigo
te hizo en mí reparar, y entre las cuentas
de barro en que la hallastes engarzada
de mas valor te pareció la perla.
La gitanilla ruin que hubiera sido
un capricho á lo más sin consecuencia
para don Félix noble y opulento,
fué para tí pasion profunda y tierna;
y ella que al caprichoso libertino
ojos y corazon cerrado hubiera
con altivo desden, al pobre amante
abrió del alma con afan las puertas.
Mas admira los fallos del destino
y adora á Dios en su bondad suprema,
Félix: mi padre el corazon tocado
de una pasion en tí tan verdadera,
y tan precisa á mi alma como el aire
de la respiracion á la existencia,
consiente en nuestro amor, y protegiéndole
nuestra ventura á completar se apresta;
porque tú no serás como los mios
vagabundo gitano que se emplea
en un tráfico ignoble y que va humilde
á ganarse su pan de feria en feria.
Triana tiene sus misterios, Félix,
y guarda mas valor que el que aparenta;
hoy, huérfano encontrándote, te adopta
por hijo suyo como si hoy nacieras:
mas por si te repugnan sus costumbres,
de conservar las tuyas libre quedas.
Nosotros viviremos ignorados
muy lejos de Sevilla, en una hacienda
en donde nadie buscará á don Félix
porque no dejará tras de sí huellas,
donde la astucia y la maldad humana
para reconocerle serán ciegas,
y donde, en brazos de tu amor, al mundo
despreciarás y olvidarás tus penas.
Calló Aurora: Don Félix aun dudando
si en el delirio de su fiebre sueña,
la escuchó todavía unos instantes
como á quien, aguardando mas completa

esplicacion de enmarañados hechos,
el hilo que le dan no le contenta,
y en su trama enredándose se afana
el cabo por asir de la madeja.
Aurora, dijo al fin, de tu relato
absorto con el gozo y la sorpresa,
no acierto á combinarle en mi cerebro
que acaso, Aurora, con mi mal flaquea.
Negros recuerdos en mi mente flotan
bajo cuya impresion muy mal se acuerdan
las albricias que piden tus palabras
y el pavor que en mi alma se alimenta.
De ese relato me parece, Aurora,
que las palabras son lluvia benéfica
que en el erial del corazon cayendo,
descubren que hay en él semilla nueva
haciéndola brotar: mas la abundancia
me asombra de tan rápida cosecha,
y vacilo tal vez, su nuevo fruto
desconociendo aun, en recogerla.
Unos recuerdos lúgubres é ingratos
tus noticias alegres contrapesan
en mi alma, y la tienen de la duda
en la balanza desigual suspensa.

AURORA. ¡Ay! conozco muy tarde, Félix mio,
mi torpe irreflexion: fué una imprudencia
impresionarte el alma de repente
con tal revelacion, mas fortaleza
hasta que hubieras recobrado; pero
contenerme no pude en mi impaciencia.
Reposa un poco: á darte el alimento
voy que mi padre te ha ordenado.

D. FÉLIX. Espera,
mi bien: mi mente se asegura oyéndote
y mi mejor remedio es tu presencia.
Quédate aquí y respóndeme.

AURORA. Pregunta.

D. FÉLIX. Me dices que tu padre tiene haciendas.

AURORA. No es el solo en Triana que las tiene.

D. FÉLIX. Ni es lo que me sorprende que las tengan
ni él ni muchas familias de Triana,
sino la vida que llevais teniéndolas.
Me estraña que él y tú, que acomodados
como me dices os hallais, deis fiestas
por la ciudad saliendo al vulgo indigno
como canalla vil que pordiosea,
esponiendo á los ojos de la chusma
el tesoro gentil de tu belleza.

AURORA. Tus palabras son dignas de un celoso:
tus dudas tienen viso de sospechas,
y nunca te ocurrieron.

D. FÉLIX. Porque nunca
se me ocurrió que por placer lo hicieras.

AURORA. Félix, tal es la ley de nuestra tribu;
las muchachas mas ágiles y diestras
en el tañer y en el bailar recogen
de este modo del pueblo las ofrendas,
que alivian de familias miserables
que ganarlo no pueden la pobreza;
y á lo que tú me imputas como falta
oponer no podria resistencia
ni la pereza torpe y egoista
ni una inútil é hipócrita modestia.
La virtud no riñó con la alegría,
y á la hermosura sin rubor se agrega
cuando como en mi tribu la hermosura
á la desdicha y la vejez sustenta.
¿Le basta á su mercé, señor celoso,
satisfaccion tan franca? ¿La cree buena?

D. FÉLIX. Perdona, Aurora mia.

AURORA. Sin embargo,
confieso, Félix mio, con franqueza
mi femenil debilidad: tenia
mi corazon en ello complacencia:
primero porque siempre te encontraba
en el puente á la ida y á la vuelta;
luego porque aunque sean virtuosas
las gusta á las muchachas que las vean:
y además porque pasa en nuestra tribu
á ser necesidad esta flaqueza
del sexo entero: las gitanas somos
como las flores, Félix: como aquellas
necesitamos sol: nos agostamos
cuando el aire y el sol no nos orean.
Esplicó su conducta la muchacha,
tan de doblez y de inquietud ajena,
con tal ingenuidad, tal abandono,
que no cabia duda en su pureza.
El mozo contemplábala arrobado
siguiendo las imágenes poéticas
de su oriental esplicacion, perdiéndose
tras de las fantasías pintorescas
de esa voluble locucion, que tiene
de la pasion la mágica elocuencia,
y de cuyo arte son únicamente
naturaleza y corazon las reglas.
Volvió empero á tenderse ante sus ojos
el velo de la duda que le inquieta,
á través de su trama vaporosa
no viendo la verdad mas que entre nieblas,
y dijo á la gitana: óyeme, Aurora.
Despues del Dios que adoro en mi creencia,
tú eres el solo ser á quien yo amo,
y acepto enajenado tus propuestas:
mas estraño del tono en que las haces...

AURORA. ¿Qué?

D. FÉLIX. La seguridad y la presteza
con que ese dulce porvenir preparas
sola.

AURORA. ¿Sola?

D. FÉLIX. Sin duda.

AURORA. Pues que aceptas
la oferta de mi padre...

D. FÉLIX. ¿Cuál?

AURORA. La boda
que un alma debe hacer de las dos nuestras.
Y esto Aurora al decir de sus mejillas
en rosas convirtió las azucenas.

D. FÉLIX. ¡Oh! ¡Con toda la mia! dijo el mozo
de su cariño en la efusion estrema.

AURORA. Entonces hice bien, y pues conoces
el secreto fatal de mi existencia...
D. FÉLIX. Uno me has dicho que hay: mas aun le ignoro.
AURORA. ¿Podrá nadie decir lo que no sepa?
D. FÉLIX. No.
AURORA. Pues tú me lo has dicho en tu delirio:
si lo ignoráras, pues, no lo dijeras.
Ante la exactitud del argumento
calló el mozo, incapaces sus potencias
de guiarle en el loco laberinto
en que débil su espíritu se enreda:
mas preguntando continuó queriendo
salirse de él ó conocer sus sendas.
D. FÉLIX. ¿Mas de cuándo lo sé? ¿Quién me lo ha dicho?
Yo lo ignoraba aun la vez postrera
que te ví en tu ajimez la última noche.
AURORA. Mi padre te lo dijo, y fué la pena
de tal revelacion, pobre amor mio,
lo que de tu razon te puso fuera.
D. FÉLIX. ¡Dios! esclamó don Félix, el espanto
en su fisonomía cadavérica
de repente pintándose, ¿no ha sido
delirio mio la vision horrenda?
Aquella evocacion... aquel espejo...
A punto tal abriéndose la puerta
se presentó el gitano, y estendiendo
su mano hácia don Félix, en su lengua
las palabras se helaron y en la almohada
reclinó poco á poco la cabeza,
como si á algun poder irresistible
ó á repentino síncope cediera.
¡Félix! ¡Félix!—gritó con ánsia Aurora,
á su padre sin ver, de espaldas vuelta.
Hé ahí, dijo el viejo aproximándose,
de tu necio charlar la consecuencia.
Es verdad ¡ay de mí! mas socorrámosle.
No hay peligro: dejémosle que duerma.
Y sentándose el viejo junto al lecho
del mancebo, añadió con mucha flema:
el sueño es el calmante mas benéfico:
ya verás qué tranquilo se despierta.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

BOSTON PUBLIC LIBRARY.

CENTRAL LIBRARY.

ABBREVIATED REGULATIONS.

One volume can be had at a time, in home use, from the Lower Hall, and one from the Bates Hall, and this volume must always be returned with the applicant's library card, within such hours as the rules prescribe. No book can be taken from the Lower Hall of this Library, while the applicant has one from any Branch.

Books can be kept out 14 days, but may be renewed *within* that time, by presenting a new slip with the card; after 14 days a fine of *two* cents for *each* day is incurred, and after 21 days the book will be sent for at the borrower's cost, who cannot take another book until all charges are paid.

No book is to be lent out of the household of the borrower; nor is it to be kept by transfers in one household more than one month, and it must remain in the Library one week before it can be again drawn in the same household.

The Library hours for the delivery and return of books are from 9 o'clock, A. M., to 8 o'clock, P. M., in the *Lower Hall;* and from 9 o'clock, A. M., until 6 o'clock, P. M., from October to March, and until 7 o'clock, from April to September, in the *Bates Hall.*

Borrowers finding this book mutilated or unwarrantably defaced, are expected to report it; and also any undue delay in the delivery of books.

***No claim can be established because of the failure of any Library notice to reach, through the mail, the person addressed.

[50,000, Nov., 1870.]